

JORGE

EL SECRETO DE LOS "YETIS"

H. S. THELS



EL SECRETO DE LOS "YETIS"

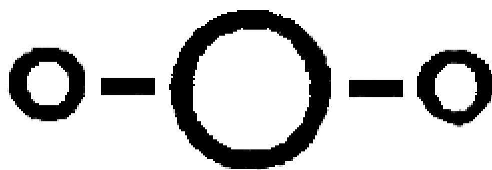
H. S. THELS

El secreto de los “Yetis”

Colección ESPACIO

El secreto de los “Yetis”
POR

H. S. Thels



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito Legal: B. 11.859 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY- Arnaldo de Oms, 51-53- Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

STABAN reunidos en el amplio salón de la casa de Fabre y llevaban allí tres horas, hablando, discutiendo a veces, con esa fiebre que había provocado el proyecto de su anfitrión.

—Todo eso es muy contradictorio — dijo Daubal—Si no lo fuese — replicó vivamente Brun, el biólogo—, no estaríamos aquí. Siempre, como todos vosotros, pensé en este asunto como algo destinado a la propaganda. Ya sabéis que el sensacionalismo de la prensa es como un Moloch que jamás satisface su apetito.

—¿Y las fotos?—inquirió Fabre, señalando el montón que había sobre la mesa.

—Lo que un reportero gráfico puede hacer con una buena máquina y un buen laboratorio — repuso Daubal — puede considerarse como infinito.

—¿Crees que son trucos?

—Yo no creo nada. Pero ya habéis visto que los libros consultados no hablan, en absoluto, de esos «abominables hombres de las nieves» que tan de moda se han puesto en estos últimos tiempos.

Yvette Galpin, la única mujer de la reunión, se había mantenido hasta entonces en silencio, limitándose a sonreír cuando hablaron de la prensa.

Porque ella era periodista.

Pero cuando Daubal acabó de hablar creyó que había llegado el momento de «poner las cartas sobre la mesa».

—Todo lo que habéis dicho me parece correcto... desde el punto de vista de unos hombres de ciencia, que no creen en la prensa. Sí, ya sé — agregó atajando un ademán de Raymond Daubal — que hay muchas cosas turbias en mi profesión — señaló la mesa—pero esas últimas fotografías, realizadas por un hombre al que conocía muy bien, tienen que ser verdaderamente auténticas.

—Yo... — quiso decir Brun.

Pero ella le cortó con un ademán rápido.

—Henri Domont — siguió diciendo — era uno de los mejores periodistas del mundo. Yo le he visto trabajar y podéis estar completamente seguros de que no quería jamás que el laboratorio fotográfico hiciese nada para él. No tenía miedo, ni sabia seguramente lo que era eso...

»Poco antes de salir para el Himalaya, habló conmigo y me dijo que estaba dispuesto a llegar donde fuese con tal de demostrar que, lo que se había escritos sobre los «yetis» era mentira. Como veis, él tampoco creía en la existencia del hombre de las nieves. Por eso, dispuesto a demostrarlo, partió hacia el Tíbet.

»Lo demás ya lo sabéis todos, puesto que se ha publicado en la totalidad de la prensa mundial. Henri desapareció y nunca jamás se ha vuelto a saber más de él. El «sherpa» que le acompañaba no encontró ni su cadáver, hallando, por verdadera casualidad, esas fotos que ahora tenemos ahí, encima de esa mesa.

»Ya sé que vais a decir que son muy poca cosa, ya que, no muestran más que huellas de pies enormes sobre la nieve y un árbol, arrancado de cuajo, por unas manos de gigante. Pero yo vuelvo a repetiros que no podéis dudar de la autenticidad de esos documentos gráficos, viniendo de donde vienen: de un periodista que jamás «trucó» ninguna foto.

»Por otra parte, su muerte demuestra que no deseaba la aureola de una fama que le era reconocida en todo el mundo. Fue al Himalaya para aclarar algo importante y perdió su vida, entregándola generosamente en aras de lo que en nuestro oficio es lo más sagrado: la información.

Hizo una pausa; después prosiguió:

—Cuando vine a ver a Fabre, deseaba, es verdad, mostrarle estas fotos que el «sherpa» me envió directamente, siguiendo la voluntad de Henri...—su voz se había apagado un poco—. Es posible —prosiguió que creáis que obra en mí el deseo de vengar la muerte del hombre que iba a ser mi marido, pero os aseguro que igual hubiese hecho con otro compañero.

»Os conozco a todos, ya que estudiamos en el mismo Liceo y he seguido atentamente vuestras carreras, señalando los triunfos que habéis obtenido en ellas. Sois mis amigos y no puedo creer que dudéis de mí...

Roger Lachau, el geógrafo, que era el que estaba más cerca de la

muchacha, alargó el brazo, poniendo su mano sobre la de la periodista.

—No digas eso, Yvette... Sabes muy bien lo que te apreciamos. Lo que ocurre es que no desearíamos embarcarnos en algo de lo que no podemos estar seguros.

—¿Dudas de las fotos?

—No. No es eso, pequeña... Pero los tibetanos, sobre todo los que habitan en esa zona donde se cree existe el «yeti», son, como sabes, gente un poco extraña. Todos ellos practican una religión, si podemos llamarla así, cuyos misterios no han sido desentrañados nunca: el «Bon-po». Se ha hablado mucho de ritos demoníacos, de actos extraños y terribles que nadie ha visto jamás. Ya sabes también que los budistas tibetanos no se acercan jamás a esas regiones a las que tienen un miedo cerval. ¡Los lamas del «Bon-po» gozan de una libertad que él terror de los otros favorece. ¿No podría ser posible que entre todo lo creado por esos hombres para evitar la presencia de curiosos, estuviese la leyenda del «yeti»?

—¿Qué quieres decir?

—Que esos monjes podían haber hecho correr la voz de que por allá arriba vive el hombre de las nieves. E incluso, mediante cualquier hábil truco, sobre todo destinado a los exploradores, reproducir falsas huellas en la nieve para evitar que nadie les molestase.

—¡Eso es absurdo, Roger! Ellos saben perfectamente que el hombre blanco no tiene miedo a sus demonios y que las huellas, si fuesen verdaderamente falsas, y perdona el contrasentido de las palabras, no harían más que excitar la curiosidad de los exploradores.

—Es posible. Pero...

—Pero ¿qué?

—Piensa que los hombres blancos han de ir acompañados por indígenas y que es precisamente sobre la mentalidad sensible de éstos sobre la que ha de basarse la «propaganda» prohibitiva de aquellas gentes. Si los coolies o los «sherpas» se niegan a guiar a los blancos, el objetivo se logrará plenamente, a pesar de la curiosidad de los exploradores.

—Es posible. Pero...

—No puedo creerlo.

—La prueba la tienen en lo que le ocurrió al pobre Henri. Con toda seguridad, el «sherpa» se negó a acompañarle hasta donde él quería ir. Y siguió solo, adentrándose en lo más hondo de esa región tenebrosa. No debió, sin embargo, llegar muy lejos. Hizo las fotos de las huellas y después bien pudo ser muerto por los monjes o por algún animal salvaje...

—¡No se encontró su cuerpo!

—Eso es lo que dice el «sherpa». Y es indudable que ese hombre no desea complicarse la vida con las autoridades de la India.

Hubo una larga pausa; luego Yvette, suspirando, concedió:

—Es muy posible que tengáis razón. Creo que he pedido demasiado de vosotros. Tenéis trabajo y es natural que no os decidáis á perder un tiempo precioso en investigaciones que no van a llevaros a parte alguna.

Se puso en pie y sonriendo, merced a un esfuerzo, dijo:

—Gracias, de todos modos.

—¿Qué piensas hacer? — inquirió Marcel Brun, el biólogo.

Ella se encogió de hombros.

—Ya veré... Pero de todos modos ir.

—¿Eh?

La miraron.

En todos los rostros se reflejaba idéntica sorpresa.

—¿Quieres decir que, a pesar de lo que te hemos dicho, vas a intentar el viaje?

—Sí. Yo no puedo dejar sin esclarecer la muerte de Henri... Él fue a aclarar un asunto importante y sus fotos demuestran que hay algo que necesita explicarse. El mundo no va a estar siempre preguntándose si existe o no el hombre de las nieves.

Nosotros, los periodistas, tenemos el ineludible deber de buscar la verdad.

Fabre sonrió.

—Pero tú olvidas, Yvette, que eres una mujer y que no puedes ir sola a ese sitio horrible.

—Nadie puede, impedírmelo. Mi periódico, «Paris- Revue», me proporciona el dinero y los medios para, sola o acompañada, enterar al público de la verdad acerca de la muerte de Henri Domond. Ya

encontraré algunos compañeros, aunque os hubiese preferido...

—Debes pensar con sensatez, pequeña — intervino Daubal—. No puedes entregarte en manos de cualquier grupo de aventureros, a los que importe más el dinero que el objetivo del viaje.

—Ya he dicho que el dinero no importa. El periódico está dispuesto a gastar lo que sea.

En la habitación se hizo el silencio.

Sin moverse del sitio donde se encontraba, Yvette miró a sus amigos, uno por uno, buscando algo dónde afianzarse. Comprendía perfectamente que aquellos hombres no veían claro el asunto y que estaban seguramente en lo cierto al decir que los lamas del «Bon-po» eran los responsables de aquella escenografía diabólica.

Pero ¿qué le importaba si aquello era cierto?

Si Henri había muerto en manos de los monjes, aclarando el modo en que había ocurrido, obligaría a las autoridades a hacer justicia y conocería, al mismo tiempo, la verdad sobre el hombre de las nieves.

¿No valía la pena intentarlo?

Pero ninguno de los hombres allí reunidos parecía dispuesto a tomar en serio su propuesta. Por ello, dolorida interiormente, dijo:

—Debo irme. Es ya muy tarde.

Todos se pusieron en pie y ella fue estrechando las manos de sus amigos. Finalmente, Fabre, el anfitrión y dueño de la casa, la acompañó hasta la puerta.

Cuando volvió, el silencio, más pesado que nunca, seguía planeando sobre la habitación.

Encendió un cigarrillo y, como hablando consigo mismo, exclamó:

—¡Hay que impedir, sea como sea, que Yvette cometa una locura semejante!

—También pensaba yo en eso — dijo Roger.—. ¡Ese director de periódico es un hombre sin entrañas!

—Tendremos que telefonearle, haciéndole ver que lo que ella se propone es una verdadera locura, un suicidio.

Roger, que se había puesto en pie, estaba examinando las fotos.

—Desde luego — dijo, al cabo de unos instantes del prolongado silencio—, son las imágenes más claras que vi nunca de las huellas de los pies del abominable hombre de las nieves.

—Todo 'lo que quieras — dijo Fabre—, pero ya has visto que los libros budistas no hablan de nada que se le parezca. Durante años y años, siglos podemos

decir, los lamas budistas han viajado por los alrededores de esa región, junto al valle por el que va el Nen-Shu, hablando de los ritos y los demonios que las habitan. Las descripciones son bastante claras y especifican a veces lo suficiente para hacerse una idea, aunque vaga, de esos ritos. Pero jamás se habla de hombres gigantes.

—Eso es verdad — asintió Brun—. El hombre de las nieves es de reciente aparición, lo que viene a demostrar que se trata de una creación de esos monjes, destinada a aumentar el terror de los indígenas.

—¡Y eso es lo que Yvette no quiere creer!

—No olvidemos que en ella juega un importante papel la muerte de Henri.

—Es doloroso, pero no debe ser el motor que la empuje a cometer una barbaridad como la que se propone.

Hubo una pausa.

—¿No serla el mismo «sherpa» quien asesinaría a ese muchacho?

Roger se frotó el mentón.

—Entra en lo posible; pero, desgraciadamente, nada podemos demostrar. Aunque no creo que el acompañante de Domond hiciese eso. No, la hipótesis más aceptable es la que hemos imaginado antes: Henri se adentró demasiado en el valle del Men-Shu, el guía le advirtió de los peligros y finalmente, no pudiendo convencerle, le dejó avanzar solo y a su suerte.

»Debió de esperarle, fuera, de la zona peligrosa, bastante tiempo. Luego, impelido por el miedo a una responsabilidad ante las autoridades o arrepentido de haberle abandonado, se adentró a su vez, quizás aprovechando la luz del día o un momento favorable, encontró el cadáver o, como dice Yvette, la cámara del desdichado periodista.

—También es posible que los monjes viesen al «sherpa» y no lo mataran para que él pudiese decir que el «yeti», cuyas huellas debían estar cerca de la cámara, habían sido los autores de la muerte del blanco.

—¡Pura propaganda! Esa gente ha estado tranquila durante siglos y está visto que desean seguir gozando de esa impunidad que les proporciona el fantástico lugar que habitan.

—Después de todo — apuntó Brun—, nada importa a la humanidad lo que esa gente haga allá. Verdad es que poseemos pocos detalles sobre el «Bon-po», pero ésta no es más que una cuestión que interesa a los especialistas.

—A mí, por ejemplo — dijo Charles Fabre.

¿Crees que vale la pena investigar esos ritos?

—Sí, pero la expedición es demasiado peligrosa y el precio que habría de pagar a la naturaleza es demasiado oneroso para pensar en ello. Podemos quedarnos con lo que sabemos. Es bastante.

—La lástima es que un muchacho como Henri cayese en la trampa de esa escenografía de los tibetanos.

—Si él hubiese sido un hombre de ciencia, se habría dado cuenta de que las huellas podían estar falsificadas.

—En las fotos parecen de verdad...

—Es natural. En una foto es dificilísimo poder probar la autenticidad o falsedad de una cosa así. Sólo viéndolas al natural, podríamos darnos cuenta de si se trataba realmente de huellas de un ser vivo.

»Hay detalles, como los pelos de las patas que pueden caer o hasta los restos de ciertas secreciones. Pero eso es imposible que lo vea un profano.

Roger, que seguía observando las fotos, comentó:

—Por la dimensión de estas huellas, podíamos decir que su poseedor, es decir, el dueño de estos pies debe de tener una altura de unos cinco metros.

—Ya sabes que no existe ningún cuadrumano de esas proporciones. Aunque pensásemos que la existencia del hombre de las nieves fuese cierta, no hay nada que apoye esa tesis. Se han estudiado centenares de esqueletos de hombres y monos del Cuaternario. El resultado de esos estudios es que nuestros antepasados fueron siempre más bajos que nosotros. Ningún gigante pobló la Tierra en momento alguno.

—¿No crees en la posibilidad de que el «yeti» viviese exclusivamente en el Himalaya?

—No. Los glaciares existieron en Europa y Asia, fuera de las zonas en las que actualmente están confinados. El mamut y muchísimos otros animales de la Era Glacial han sido encontrados en sitios que hoy gozan de un clima templado y hasta cálido. Igual hubiese ocurrido con el hombre de las nieves; sus esqueletos estarían hoy en los museos de Ciencias Naturales y entonces sí que esas fotos tendrían el valor de una verdad científica.

—Tienes razón.

—Lo importante ahora es impedir que Yvette salga para Asia. Mañana, si os parece, a mediodía, después de las clases, iremos a ver al director de «Paris-Revue» y le hablaremos claramente.

—Es la mejor solución.

—En cuanto a Yvette, podíamos distraerla, llevárnosla a cualquier parte, ahora que se acercan las vacaciones y hacerla olvidar esa triste tragedia.

Roger se pasó la mano por sus cabellos rubios y rizados.

—Yo conocí a Henri, al que saludé un par de veces: parecía un muchacho sincero...

—¿Y quién lo niega? — protestó Fabre —. Lo que le, ocurrió, podía haberle ocurrido a cualquiera. ¿Qué sabía él de los trucos de los tibetanos? Se dejó llevar por la corriente de sensacionalismo que reina en el mundo: eso es todo.

—Además — intervino Brun —, Yvette nos ha dicho que no creía en la existencia de los «yetis» y que, precisamente, para demostrarlo, fue al Himalaya.

—Si hubiésemos hablado antes con él — dijo Daubal—, hubiese sido posible disuadirle.

—No lo creo.

—O, al menos, indicarle algunas cosas para que pudiese darse cuenta de la realidad y comprobase la falsedad de las huellas que fotografió.

—Lo triste es que le ocurriese esa desgracia... y eso es lo que hay que evitar que se repita con Yvette. Ya sabéis todos: mañana, a las doce, nos reuniremos, después de las clases de la Sorbonne, e iremos al periódico. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

CAPÍTULO II



IERRE LOVAL, el director de «Paris-Revue», se levantó de su imponente sillón giratorio, yendo al encuentro de los visitantes, que uno de los ordenanzas había conducido hasta su despacho.

—¡Pasen, pasen, por favor!

Era un hombre exuberante, jovial. Su obesidad estaba perfectamente disimulada por el hábil corte del magnífico traje gris que llevaba. Sobre el fondo de una camisa de un blanco inmaculado, la corbata granate armonizaba con el pañuelo de seda, del mismo color, que caía de su bolsillo exterior con unos hábiles pliegues de la más estudiada «negligée».

Poseía un rostro rojizo y las vénulas dibujaban redes complejas en su nariz, de tamaño más que regular.

Ofreció cigarrillos y sirvió bebidas con ademanes que denotaban una costumbre mundana profundamente arraigada en su personalidad pública.

—Ustedes dirán...—invitó a hablar, cuando los cigarrillos humeaban con intensidad creciente.

Charles Fabre rompió el fuego.

—Somos amigos de la señorita Galpin...— dijo.

—¡Ah!

—Estudió con nosotros en el Liceo Moliére y hemos conservado una amistad franca con ella. Anoche vino a vernos...

—¿Para hablarles de su proyecto?

—Sí. No conocíamos mucho a Henri Domond, pero sentimos muchísimo lo que le ocurrió... ¿Trabajaba para usted?

—Indirectamente. Domond estaba de acuerdo con «Intercontinental Press», aunque me enviaba algunas cosas.

—Bien... Yvette vino, como le dije, antes, a mi casa. Hizo que convocase una especie de reunión —sonrió—. Nosotros no sospechábamos lo que deseaba, pero ella no tardó en decirnos, claramente, que quería ir al Tíbet para investigar la muerte de su prometido...

—Así es.

—Verá usted..., señor, nosotros somos hombres de ciencia y estamos al corriente de muchísimas cosas no conocidas por el gran público. Respecto al tan cacareado asunto del hombre de las nieves, nos ha interesado, ¿cómo no?, en la medida que tal noticia significaba para nuestros estudios, especialmente para los míos, ya que soy etnólogo y antropólogo. Huelga decir que he seguido con todo interés cuantas cosas se han publicado sobre los «yetis».

—¿Y qué piensa usted de ello?

—¡Que es falso!

—Comprendo.

Fabre explicó pacientemente:

—Escuche, señor Loval... La existencia del hombre de las nieves debía estar ligada a lo que la Antropología moderna considera como posible. Justamente, anoche discutimos este asunto hasta la saciedad. Y estamos plenamente convencidos de que se trata de un obstáculo, creado por los nativos, para impedir que se les moleste.

—Yo, con perdón, no soy de su opinión. Las fotos de Domond...

—Unas fotos no pueden decir nada, señor. No son pruebas de la evidencia de las que la ciencia necesita para afirmar una cosa.

—¡Pero Henri fue muerto por los «yetis»!

—Ésa es una opinión suya, señor; una opinión muy respetable, pero que, por desgracia, no se mantiene en pie mucho tiempo. Henri fue muerto, eso es cierto, pero de ahí a afirmar que lo fue por un hombre de las nieves...

—¡Es más que posible!

—Bueno. No vale la pena discutir una cosa de la que no podemos, usted ni yo, aportar pruebas que defiendan nuestros respectivos puntos de vista. Lo que nos ha traído aquí, a mí y a mis compañeros, es el rogarle que impida a la señorita Galpin hacer ese absurdo viaje.

Pierre Loval sonrió.

—No va a serme muy fácil, señores.

—Ya lo sabemos. Yvette es una muchacha voluntariosa y, además, amaba mucho a Henri; pero, de todos modos, siendo usted el que financia el viaje, nadie mejor para impedirlo.

Loval habla entornado los ojos y permaneció con los labios apretados, en silencio; luego, tras una larga pausa, dijo:

—No saben cuánto lo lamento, amigos míos...

Fabre torció el gesto.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que se niega...?

—No — repuso dulcemente Loval—. Todo lo contrario: me gustaría muchísimo poder hacer lo que me piden..., pero es imposible.

—¿Por qué?

—Porque Yvette Galpin salió esta madrugada por «Air France», rumbo a Karachi. Se fue, sí, con un «travel-chek» de diez millones de francos.

Fabre miró a los otros, leyendo en cada uno de los rostros una expresión de desencanto y de asombro.

Se volvió hacia el director.

—¿Cómo ha podido permitir que una muchacha como Yvette se vaya sola a una aventura como ésa? ¡Es inconcebible!

—No me juzgue mal, señor... Yvette me dio cinco minutos para decidirme, amenazándome con que se iría, a proponérselo a «Life». Y lo hubiese hecho, no tengan la menor duda.

—Ya...

Su rostro se dulcificó un poco, y bajando la cabeza se censuró:

—Debimos imaginárnoslo.

—¿Qué podemos hacer?—inquirió Lachau.

—No lo sé. Dejar a Yvette sola, allí, a la merced de aventureros y guías sin entrañas, sería una canallada...

—¡Por favor!—protestó Pierre.

Pero el otro hizo caso omiso de la exclamación del director de «Paris-Revue».

—No nos va a quedar otro remedio que ir en su busca.

—¿Por qué no dejáis que vaya yo? — inquirió Roger Lachau—. Mis clases pueden darse por terminadas y vosotros tenéis aún para tres o cuatro semanas. Yo me encargaré de hacerle desistir.

—¿Y si no lo logras?

—Os telegrafiaré.

—¿Y si se empeña en salir para el Himalaya inmediatamente?

—La distraeré un poco hasta que vosotros lleguéis.

Marcel asintió con la cabeza.

—Creo que es la mejor solución.

—Señores — intervino Loval —, me considero un poco culpable de todo esto y pongo a su disposición los fondos necesarios...

Fabre le miró, fijamente.

—¿Es que no se da usted cuenta de que lo que vamos a hacer es impedir que Yvette suba al Himalaya?

Pierre sonrió.

—Nunca he pensado otra cosa. De todos modos, permítanme, al menos, sufragar los gastos. Es lo menos que puedo hacer, después de haber cometido tan craso error.

Se miraron.

Eran profesores de universidad, pero ninguno de ellos rico. Lo que ganaban era apenas suficiente para pagarse las instalaciones personales, ya que proseguían sus trabajos en sus laboratorios particulares. Aquel viaje iba a mermar tremendamente sus posibilidades económicas.

Charles sonrió ofuscado.

—Creo que vamos a tener que admitir su generosa ayuda, señor. Aunque se limitará a los gastos de nuestro amigo Roger...

—Perfectamente. Voy a encargarme, inmediatamente, de sacar el billete para el próximo avión de Karachi. Usted se dirigió a Lachau — puede ir preparándose. Le comunicaré por teléfono la hora de salida del avión. Uno de mis empleados le acompañará a Orly y le llevará fondos suficientes para que pueda moverse sin trabas.

—Muchas gracias.

—No debe dármelas. Al contrario, soy yo quien debe estarles agradecido, ya que me van a quitar un gran peso de encima.

Se habían levantado y momentos después, cuando Roger dio a Loval su dirección y el número de su teléfono, salieron, despidiéndose del director.

Éste, al quedarse solo, se acercó a su despacho y movió una de las palancas del interfono.

—¿Señor?

—Tome nota para ese cable, señorita... ¿Está?

—Si.

—Bien... «Mademoiselle Galpin, Yvette... Hotel Royal, Karachi... Texto: Conseguido triunfo

parcial..., uno de ellos, el llamado Roger, sale para ésa. Desea hacerle desistir y cuenta con aprobación de los demás. Los otros esperan noticias. Estoy seguro conseguirá usted lo que se propone. Si necesario aumento provisiones dinero, telegrafíe para enviar nuevas sumas Banque de France en Karachi. Afectuosos saludos. Pierre. Mucha suerte...» ¿Lo ha tomado?

—Sí.

—Envíelo con la mayor urgencia,

—En seguida, señor.

* * *

Echada en el lecho, vestida, Yvette releyó una vez más el cable que, acababa de recibir de París. Una sonrisa de triunfo entreabría ligeramente sus hermosos labios.

Había sabido llevar su juego, ya que no dudó un solo instante de que sus amigos no iban a dejarla sola allí, ni muchísimo menos dejar que iniciase la expedición.

¿Roger?

Hubiese preferido que viniesen todos y con eso contaba, ya que Loval le había prometido hacerse cargo de todos los gastos. Naturalmente, el director de «Paris-Revue» prefería que fuese una expedición científica la que fuese en busca de los asesinos de Henri Domond. La personalidad de los amigos de Yvette era sobradamente conocida, no solamente en Francia, sino en el mundo entero, para que el grupo no llamase la atención de los cinco millones de lectores asiduos de «Paris-Revue».

Pero, para ella, la importancia de aquel viaje que se disponía a realizar poseía un objetivo mucho más importante que el de la información periodística y científica que se lograse. Muy por encima de todo ello estaba el buscar y castigar al que había roto la ilusión más hermosa de su vida.

No podía pensar en Henri sin que las lágrimas acudiesen a sus ojos y ahora, que estaba sola, las dejó caer, blandamente, por sus mejillas, mientras recordaba toda la felicidad que meses antes parecía prometerle la vida.

¿Cómo era posible que un hombre como Henri, avezado a toda clase de situaciones, hubiese caído en la burda trampa que Fabre y los

otros imaginaban?

Ellos no conocían a Domond, ignorando que había sido el hombre más audaz del periodismo mundial, el mejor pagado y el que siempre se encontraba en el sitio oportuno en el momento preciso.

Guerras, revoluciones, levantamientos, catástrofes. Allí donde habla algo «noticiable» estaba Henri, con su cámara y su máquina de escribir, informando al mundo, con una precisión asombrosa, de lo que ocurría.

Sus documentos gráficos poseían un valor histórico indudable y sus crónicas, objetivas, pero ricas en detalles humanos, habían sido devoradas por millones de lectores, en los que contaba con verdaderos «fans» que lo idolatraban.

Todo en él era formidable.

Ahora, al recordarlo, plasmándole ante ella, Yvette sentía el real valor de la pérdida de aquel hombre extraordinario.

Lo veía, alto, fuerte, con la tez morena, curtida por todos los vientos de la Tierra. Sus ojos azules poseían una especie de brillo magnético que aumentaba la atracción que ejercía con todo el mundo.

Pero lo más imborrable de aquel rostro querido, lo que no podría olvidar jamás, era la sonrisa, perenne, sincera, espontánea y que, a veces, erróneamente, la habla hecho pensar en un cinismo que nunca existió en el corazón de Domond.

La sonrisa del hombre no respondía a ninguna Idea de burla: era algo consustancial, con su carácter, siempre risueño, incapaz de amargar la vida de los que estaban a su lado, derrochando optimismo con la sola idea de hacer que los demás dejasen de entristecerse. Nada le importaban sus problemas particulares cuando se trataba de consolar a alguien que sufriese junto a él. Por eso, el aprecio general no era, según Yvette, más que la natural moneda con que había que pagarle.

Que aquel hombre, maravilloso hubiese dejado estúpidamente de existir, que alguien lo hubiese matado, asesinado seguramente por la espalda, era algo que la ponía frenética.

Porque le parecía imposible que Henri se hubiera ganado la enemistad de los misteriosos monjes del Himalaya, él que había sido capaz de ablandar a verdaderos salvajes y que había obtenido una sonrisa de los hombres que iban a morir momento después.

¡No podía ser!

Por eso el misterio que rodeaba a la muerte del hombre al que había amado como a nadie, la impelía a saber, a justificar aquel horrendo y absurdo final.

Y a vengarle.

Porque el hombre que había matado a Domond debía ser una bestia salvaje, un ser sin entrañas, al que estaba dispuesta a buscar aunque tuviese que pasar el resto de su vida entre los helados picos de las montañas asiáticas.

El timbre del teléfono le hizo salir de sus pensamientos. Se secó los ojos y fue hacia la mesita donde reposaba el aparato.

—¿Diga?

—Aquí la Conserjería, señorita Galpin. Hay un hombre que ha preguntado por usted: un «sherpa» llamado Milik.

El corazón de Yvette latió aceleradamente.

—¡Dígale que suba, por favor!

—Bien.

Oyó el «clic» al otro extremo de la línea y colgó, a su vez, el aparato. Luego encendió un cigarrillo, intentando dominar los nervios.

Sólo pensar que el hombre que había estado con Henri subía la escalera del hotel, en aquel momento, le producía una emoción difícilmente controlable.

Al oír el timbre de la puerta, corrió, pero se dominó antes de llegar e hizo al paso, pausadamente, los últimos metros que le separaban de la entrada.

Abrió la puerta.

El hombre que había al otro lado se inclinó ligeramente.

Era alto, delgado, huesudo, con piel aceitunada y ojos intensamente negros, de una negrura de ala de cuervo. Llevaba una amplia chaqueta de cuero y unos pantalones de montar, que se continuaban con las vendas que rodeaban sus delgadas pero firmes pantorrillas. Un turbante azul oscuro envolvía su cabeza.

—Pase.

Cerró la puerta tras él y le señaló uno de los amplios y cómodos sillones de la estancia.

Él tomó asiento, encogido, ya que su altura le impedía hacerlo de otro modo. En realidad, se dobló en tres trozos: el tronco, los muslos y las pantorrillas, que se elevaban, sobre el nivel del suelo, llegándole casi a la barbilla.

—¿Quiere beber algo?

—No, muchas gracias.

Hablaba un inglés pausado, con un fuerte acento, pero que se entendía muy bien.

Ella se sentó frente a él, después de servirse un poco de licor.

—He de darle las gracias por haberme enviado la cámara fotográfica. Espero que recibiera el cheque...

—Sí, señorita, lo recibí.

Yvette se fijó en el rostro aguileño, que parecía estar cortado con un afilado cincel, a rudos golpes. Un asomo de barba, negrísima, oscurecía el mentón del hombre.

Ella se lo imaginó al lado de Henri, señalándole, con aquellas huesudas manos, el camino a seguir, en medio de las nieves eternas.

—Se imaginará usted a qué he venido, ¿verdad?

—No lo sé.

—Quiero ir en busca del cadáver del señor Domond—dijo la joven.

El rostro del «sherpa» no manifestó expresión alguna, siguiendo tan inalterable como hasta entonces. Pero Yvette sorprendió un mayor brillo en sus ojos.

—¿Cree usted que lo encontraremos? — insistió.

—Estoy seguro de que no, señorita.

—¿Por qué?

—Yo no sé nada de los «yetis», pero he oído decir que devoran los cadáveres de sus enemigos.

Ella se estremeció.

—¿Cree... — inquirió, recordando la conversación que habla tenido en París—que fue muerto por los «yetis»?

—¿Por quién entonces?

—¿Y los monjes?

—No. Los monjes tienen tanto miedo como los demás. Fue el «yeti»..., sus pisadas estaban aún frescas sobre la nieve.

—¿Recuerda usted el lugar exacto?

Los ojos del «sherpa» se entornaron; luego, tras una pausa y con una voz que más parecía un suspiro repuso afirmativamente:

—Sí.

Yvette esperó unos instantes, antes de decidirse a formular la pregunta que, desde el principio, le quemaba los labios:

—¿Volvería usted allí?

La respuesta vino en seguida, firme, decidida:

—No.

Ella marcó una pausa, después propuso:

—Estoy dispuesta a pagar lo que sea, Milik.

Era la primera vez que le llamaba por su nombre.

—Una mujer no debe ir al país de los «yetis», señorita... Se volverían locos.

Fue como si alguien echase por su espalda un trozo de hielo.

—No iría sola, Milik. Un amigo mío llegará a Karachi esta noche.

—Muy peligroso para una mujer.

Yvette encendió un nuevo cigarrillo; luego preguntó:

—¿Cuánto le pagó Henri, Milik?

—Doscientas libras.

—Nosotros le daremos el doble.

—No puedo, señorita... La maldición caería sobre nosotros si los «yetis» la cogiesen a usted. Los lamas saben que, pocas veces, el «yeti» ha cazado una mujer de «Gompa» (1). Y han oído sus gritos, durante noches y noches... ¡No, no puedo!

—Usted no será responsable de nada, Milik. El hombre que me acompañará me protegerá. Usted no hará más que guiarnos.

El sherpa» tardó en contestar. Y cuando lo hizo, su voz era profunda, como si no le perteneciese:

—¿Qué sabe el hombre blanco? ¿Le ha dicho alguien que el «yeti» huele, la presencia de una mujer blanca a muchas millas? Se esconden y esperan que pase cerca... ¡Nos destrozarán! Pero — la miró fijamente, con sus ojos tan negros como los de una cobra — la muerte nuestra será algo maravilloso al lado de lo que puede esperarle a usted... Sus gritos se oirán noche tras noche... Sus gritos y las horribles carcajadas de los «yetis».

CAPÍTULO III



O consiguió nada, pero logró, al menos, que Milik se alojase en el hotel, esperando la llegada de Roger. Ella le dijo que debería convencer a su amigo, y él accedió.

Yvette se había dado cuenta del intenso temblor que se había apoderado de las manos del «sherpa» cuando habló de aquellas inimaginables orgías de los «yetis», de sus horrendas carcajadas y de los gritos escalofriantes de la mujer que habían atrapado en su temeraria aventura.

No eran cosas que la tranquilizasen, pero, recordando las palabras de Fabre, cuando decía que todo aquello no era más que superstición y vanos temores de almas primitivas, se sintió más tranquila, diciéndose que los únicos probables asesinos de Henri no podían ser más que los monjes.

Aquella misma noche, Roger estaba cenando con ella, recién llegado a Karachi.

—Ya sabrás a qué vengo, ¿verdad?

Ella le sonrió y después de beber un poco des champaña contestó:

—¡Claro que lo sé! Tú has tenido siempre algo de caballero medieval, amigo mío. Y ya puedo imaginarme la escena, frente a los otros. Te veo, con los ojos brillantes y los puños cerrados... «¿No os da vergüenza haber dejado sola a una indefensa muchacha? ¡Pues yo no estoy dispuesto a consentir que Yvette se adentre sola por el Himalaya! ¡Iré con ella y la protegeré de todos esos fantásticos peligros del Tíbet!» ¿No es así, Roger?

Esbozó él una sonrisa.

—Debías haberte dedicado a la literatura, amiga mía. Tienes una imaginación portentosa. No, querida; si he venido es para llevarte conmigo…

—Nunca lo he negado.

—Pero no al Tíbet, sino a París.

Ella se pasó la mano por los cabellos pelirrojos que la luz del bar realzaba con reflejos de cobre.

—¿Es que no me conoces, Roger? ¿Por qué prolongar una conversación tan inútil como la que hemos iniciado? Sabes que iré y que ninguna fuerza humana podrá detenerme... No, no digas nada. Porque si lo que intentas insinuar es que tengo miedo, has dado en pleno blanco... ¡Estoy aterrorizada! Me dan escalofríos sólo de pensar que he de viajar en compañía de un «sherpa» extraño, por regiones heladas, atravesando caminos ignorados y penetrando en una región donde la fantasía hermana con la realidad. ¡Sí, tengo muchísimo miedo! Pero Dios sabe que iré, a pesar del miedo.

Roger exclamó:

—¿Es que te has vuelco loca? Yo comprendería tu empeño si supieses que Henri está allí y que hay que ir en su ayuda. Yo mismo correría en su auxilio, sin necesidad de nada más que la certeza o la sospecha de que no ha muerto. Pero de esto, desdichadamente, no cabe la menor duda.

Yvette bajó la cabeza.

—Ya sé que no hay duda. Y no creas que llevo la ilusión, la pobre ilusión, de rescatar su cadáver y llevármelo a París. ¡Cuánto me gustaría hacerlo! Pero si quieres saber la verdad, no es nada de eso lo que me empuja hacia el Himalaya: es el saber la verdad, acabar el reportaje de Henri, dando a la Humanidad la respuesta que ansiosamente está esperando. Y, al mismo tiempo su voz bajó de tono hasta hacerse apenas audible—, vengar su muerte.

—¿Y si lo mató una fiera?

—Es posible que ésa sea la verdad, pero me resisto a creerla. Milik me ha hablado de las huellas que había junto al aparato fotográfico. Sean de «yetis» verdaderos o la fábula de unos monjes, tengo que saber quién fue el asesino de Henri.

—Has hablado de Milik. ¿Quién es?

—El «sherpa» que guió a Henri.

—¿Está aquí, en Karachi?

—Sí. Le hice venir, pagándole el viaje en avión.

Él habita en Pauri, al norte de la India, lugar del que salió Henri.

—¿Se ha ido?

—No. Está cenando en su habitación y esperando a que le llamemos.

—¿Para qué?

—Porque quiero que le convenzas, Roger.

Lachau sonrió.

—Sabía que eras testaruda, pero no tanto.

—Gracias.

—Además ¿por qué he de convencer a ese hombre? ¿Es que tú no lo has logrado?

—No.

—¿Cómo? Apenas me atrevo a creerte.

—Pues ha sido así. Se niega a repetir el viaje y dice que es una locura.

—¡Me alegro de encontrar a un hombre tan razonable!

—¡No seas estúpido! Él, como los demás, es un supersticioso, un hombre de mente primitiva, que cree en los «yetis» y en las ceremonias de salvaje alegría que hacen cuando capturan a una mujer..., sobre todo si es blanca.

—¿Ha sucedido eso alguna vez?

—No lo sé.

Roger meneó la cabeza.

—Sea lo que sea, ese «sherpa» es razonable. Una mujer sería un estorbo en un viaje de ese tipo. Voy a proponerte una cosa.

—No.

Roger la miró sorprendido:

—¿Antes de enunciarla?

—Sí, antes de enunciarla.

—Déjame al menos decírtela. Quizá tu intuición se equivoque.

—Venga. Suéltala.

Roger encendió un cigarrillo; luego, mirando fijamente a la muchacha, dijo:

—Verás, Yvette: yo sigo creyendo que todo esto no nos va a conducir a parte alguna. Y vuelvo a repetirte que yo sería el primero en correr en busca de Henri..., si hubiese la menor posibilidad de que estuviese vivo. Pero como veo que estás dispuesta a que se investigue su muerte y se castigue a los probables culpables, si es que los hay, porque también pudo morir de frío...

—¿Y su cadáver? Los hielos no se comen a los hombres.

—Bueno, como quieras. Está bien. Supongamos que hay que buscar a los asesinos... De acuerdo. Pues vamos a hacerlo. Deja que yo vaya y te aseguro que haré lo que se tenga que hacer.

—No.

—¿Por qué? ¿Desconfías de mí?

—Nunca, Roger. Eres el hombre más adorable que he conocido jamás y no sabes hasta dónde llega mi agradecimiento por tu ofrecimiento desinteresado rezumando amistad...

—¿Te ríes de mí?

—¡Dios me Libre! Te estoy hablando con el corazón en la mano. De verdad. Por eso me da pena no poder admitir tu oferta.

—Pero...

—Escucha, amigo mío: yo no sé si has estado enamorado alguna vez, aunque te conozco y también a tu amor por los mapas de colores. Por eso te será un poco difícil comprender la imperiosa, la vital necesidad que tengo de ir «yo», personalmente, de conocer los sitios por los que Henri avanzó hacia el interior del Himalaya, de ver, de palpar el sitio donde el guía encontró la máquina... y de buscar, yo misma, a los que lo arrancaron tan arteramente de mí.

Roger la miró con una admiración sincera.

—¿Es posible que se pueda querer tanto, Yvette?

—Sí. Sobre todo cuando se ha tenido la suerte de conocer un hombre como Henri. Si se hubiese tratado de otro de cualquiera de nuestros mezquinos compañeros de profesión, hay muchos así, que no piensan más que en la fama y el cheque que les darán a cambio de informaciones, la mayor parte de las veces falsas y trucadas, yo no movería ni el dedo meñique, para saber la verdad. Porque dudaría, sencillamente, de la existencia de esa misma verdad.

Hizo una pausa.

—Pero se trata de Henri, ¿comprendes? De un hombre que no tenía miedo a nada y al que habrán tenido que sorprender por la espalda, cobardemente, única manera de poder acabar con él — sus ojos se encendieron y después de un breve silencio, cuando hubo dado a su respiración un ritmo más normal, continuó—: ¡Por eso quiero ir yo contigo, Roger! Sólo a mi lado, pasando por los mismos lugares que él holló, podrás darte cuenta de que el fin de Henri es el producto de una canallada que no puede consentirse en nuestra época, aunque los culpables estén en el techo del mundo. Si es verdad lo que Fabre dijo, si lo de los «yetis» no es más que una burda mentira urdida por los monjes para evitar la curiosidad hacia sus odiosos ritos, les daremos una lección como merecen.

Ganado por el entusiasmo de aquella extraordinaria mujer, poco le faltó a Lachau para aplaudir; pero, conteniéndose, exclamó:

—Bien, Yvette. Ya veo que no hay más remedio que contar contigo. Ahora, si me haces el favor, vas a permitirme hablar un poco con el «sherpa»... a solas.

—¿Por qué a solas?

—Porque es mejor. Él, no cabe duda, está un poco coartado en tu presencia. Sabe que eras la prometida de Henri y es posible que haya omitido algunos detalles. No te preocupes..., te prometo decírtelo todo, absolutamente todo.

Yvette sonrió.

—Bien. Creo que me hacía falta la presencia de un hombre para darme cuenta de que no puedo hacer las cosas siguiendo el primer impulso que me pase por la cabeza. De acuerdo, Roger... Voy a dormir y mañana me contarás los detalles de nuestra marcha. Porque, no lo olvides, hay que salir cuanto antes.

—A tus órdenes...

Ella se inclinó y le besó en la frente.

—Gracias por todo, amigo mío. Yo ya le dije a Henri que erais muy buenos conmigo y él se dio cuenta de lo orgullosa que estaba de vosotros. ¡Hasta mañana!

* * *

Roger hizo que le sirvieran al «sherpa» un doble de coñac. Él tomó lo mismo. Como no fumaba cigarrillos, el asiático encendió su vieja pipa, mirando entornado al francés.

—Lo que deseo saber — dijo éste, después de dar tiempo al tiempo, — es la verdad, desnuda, sin ambages. Ahora no está usted ante esa señorita y puede, por lo tanto, hablar con libertad absoluta.

El «sherpa» tardó unos instantes en hacerlo; luego, con voz monótona y lenta, en el vistoso inglés que empleaba, dijo:

—Lo he contado muchas veces, señor: siempre lo mismo...

—Vuelva a hacerlo.

Los ojos de Milik se entornaron más aún, cerrándose casi.

—Habíamos llegado al valle por el que pasa el río Men-Shu. A la derecha quedaba el cansino que lleva a una lamasería de budistas, a cerca de sesenta millas de aquel lugar. El señor Domond estaba contento, ya que durante el camino se habla mostrado impaciente.

»Allí, en aquel valle, empieza la zona donde los lamas «Bon-po» tienen sus «Gompas»; es decir, sus monasterios. Siempre nos hemos detenido por allá, ya que el camino hacia el Everest es el mismo que lleva a la lamasería budista de la que antes he hablado.

»Era la primera vez que iba a penetrar en territorio prohibido y he de confesarle que tenía mucho miedo. Pero el señor Domond era formidable y me habló, Intentando demostrarme que, no debía temer a los demonios de los monjes «Ben-po», ya que, según él, todo eso eran supersticiones que ningún hombre moderno podía concebir ni creer...

—Tenía mucha razón.

El «sherpa» no hizo observación alguna a aquel comentario.

—Penetramos — prosiguió — por el valle, manteniéndonos siempre por el margen derecho y remontando el curso del río. Fue a la mañana siguiente cuando encontramos las dos piedras.

—¿Qué piedras?

—Dos, en forma de columna, llenas de impresiones escritas en lenguaje vulgar.

—¿Indio?

—No, tibetano.

—¿Lo entiende usted?

—Si.

Hubo una pausa.

—El señor Henri debió de darse cuenta de que las inscripciones de aquellas piedras hacían mella en mí, porque me preguntó por qué había palidecido.

—¿Palideció usted, en efecto?

—Sí.

—¿Qué decían aquellas piedras?

Milik desvió hábilmente la respuesta.

—Eran advertencias, invitando a los que llegasen allí a dar media vuelta y alejarse.

—¿Por qué?

—Eso ya no tiene importancia—resumió el otro—. El señor me convenció y pasé al otro lado de las columnas. Anduvimos todavía durante todo el día y al atardecer veíamos el «Gompa», a nuestra derecha.

—¿Un monasterio?

—Sí. Yo me negué rotundamente a avanzar más y mister Domond no pudo conseguir que siguiese. Entonces me rogó que plantase la tienda allí. Yo creí que lo habla convencido y me acosté con la esperanza de que al día siguiente lograría hacerle volver.

—¿No pase nada aquella noche?

—No. Mientras cenábamos, oímos las trompas de los monjes. Después, un poco más tarde, se callaron.

—¿Qué hicieron entonces?

—Nos fuimos a dormir.

—¿No había peligro alguno?

—Yo estaba bastante asustado, pero me decía que el monasterio señalaba el límite de donde podíamos llegar. Más allá del monasterio, sí que había peligro.

—¿Qué pasó luego?

—Nada. Fue solamente a la mañana siguiente cuando, al despertarme, me di cuenta de que el señor Domond había desaparecido.

—¿No lo oyó irse durante la noche?

—No. Habíamos hecho cerca de treinta kilómetros, sin parar de ganar altura y yo estaba verdaderamente cansado. Me asusté mucho y miré hacia el «Gompa», pero no vi a nadie.

—¿Fue entonces en busca de su amo?

—No. Esperé todo el día, creyendo que regresaría.

Pero llegó la noche y el señor Henri no había vuelto. Aquella noche fue la más atroz de mi vida. Los monjes no dejaban de sonar sus trompas...

—¿Por qué lo hacen?

—Para llamar a los demonios, según he oído... Yo no pude pegar un ojo y no dejaba de pensar en el señor. Después, a la mañana siguiente, me decidí a avanzar un poco.

—¿Dónde encontró la cámara?

—A un centenar de metros a mi derecha, más allá de la línea que marcaba el monasterio.

—¿No había nadie por les alrededores?

—No.

—¿Y en el monasterio?

—Tampoco. Debían estar encerrados, ya que las puertas no estaban abiertas. Tampoco había nadie en las murallas.

—¿Murallas? ¿Es entonces una especie de castillo? inquirió Roger con curiosidad.

—Sí, eso es..., una especie de fortaleza... Los monjes se encierran cuando saben que los espíritus malignos y los «yetis» vagan por el valle

—¿Qué vio al lado del aparato fotográfico?

—Huellas de «yeti».

—¿Está seguro?

Milik abrió los ojos, que había tenido semicerrados hasta aquel momento, y miró al francés.

—Completamente seguro, señor.

—¿Había muchas?

—Bastantes. Y se dirigían hacia un bosque que, más allá, señala el comienzo de un pico altísimo.

—¿Eran grandes las huellas?

—Gigantescas.

—¿Las había visto usted antes?

—No, nunca.

Roger sonrió.

—¿Cómo sabía entonces que eran de «yeti»?

—No puede haber equivocación alguna, señor. Todo el mundo ha oído hablar de esos pies desnudas, gigantescos, de seres que han de tener cinco metros de altura, por menos.

—¿No podían ser huellas de un animal grande?

El otro movió la cabeza negando.

—No. Eran huellas de pies humanos, como los nuestros, pero de un tamaño enorme. Yo conté los dedos y vi la forma: no, no cabía la menor duda de que eran huellas de pie de «yeti».

—Bien. ¿Qué hizo usted luego?

—Recorrí un poco aquella zona, aunque muerto de miedo, buscando al señor Domond, pero fuera de la máquina no encontré nada más. Luego volví al campamento, lo levanté y me puse en marcha hacia lugares más seguros.

—¿Hasta donde fue?

—Hice el mismo camino que cuando subí con el señor Henri. Llegue a Pauri, mi aldea, donde descansé dos días, bajando después hasta Nueva Delhi.

—¿Para qué?

—Para enviar el aparato. El señor Domond me había prevenido que, si algo le pasaba, enviase todo lo suyo a la señorita.

Hubo un silencio que Roger aprovechó para pedir dos nuevos coñacs.

—¿Qué tal era el señor Domond? — inquirió, mirando fijamente al «sherpa».

—Un hombre admirable, que sonreía siempre.

—¿Tuvo miedo alguna vez?

—¡Nunca! Su tranquilidad me daba fuerzas a mí.

Nueva pausa.

—Usted cree que fueron los «yetis» los que le mataron, ¿verdad?

—Estoy convencido de ello, señor.

—¿No pudieron ser los monjes?

Una sonrisa de desprecio se pintó en los labios del indígena.

—¿Los monjes? Ya le he dicho que habían cerrado el «Gompa» a piedra y lodo, señor.

Hubo un nuevo silencio; luego Roger, inclinándose hacia el «sherpa», preguntó:

—¿Sabe que tiene que acompañamos, Milik?

—No lo haré.

—Sí. Le pagaremos mejor que nunca, pero le advierto que las autoridades indias entrarán en el asunto si se niega.

El «sherpa» guardó un prolongado silencio; luego, con voz comedida, preguntó:

—¿Vendrá... ella con nosotros, señor?

—Sí.

Roger notó que el color de la piel del rostro del indio mudaba de color.

Luego, después de un larguísimo silencio, comentó:

—Es un error, señor... Ninguna mujer blanca ha ido nunca a la tierra de los «yetis».

—No se preocupe, Milik. La responsabilidad es mía. ¿Cuándo salimos?

Hubo una nueva pausa; luego el «sherpa», con voz velada por la emoción, anunció:

—Sí, lo haré. El señor Henri era un hombre valiente y su memoria no me dejaría dormir si no llevase, a sus amigos hasta el sitio donde murió,

CAPÍTULO IV



L avión les condujo hasta Nueva Delhi, desde donde un nuevo aparato les llevó a la frontera, al pequeño pueblo del «sherpa», Pauri.

Ya eran visibles desde allí los formidables gigantes de piedra y nieve. La cadena del Himalaya ocupaba totalmente el horizonte y se levantaba, impresionante, hasta el cielo, ocultando sus cabezas pétreas entre las nubes, como si quisiese desafiar al cielo, hundiendo la mirada de sus picos en el azul.

Impresionada, Yvette miraba, desde la ventana de la casa que habitaban, esperando que Milik encontrase portadores y coolíes para la expedición, las altas montañas, diciéndose que Henri había ido hacia allá, minúscula hormiga entre aquellas colosales masas, en busca de algo que, forzosamente, tenía que ser tan grandioso como el marco que lo rodeaba.

Estaba contenta de la presencia de Roger y ahora se daba cuenta de lo valiosa que era, ya que, aunque estaba decidida a viajar y lo hubiese hecho sola, las cosas no se hubieran presentado del mismo modo que con la ayuda de un hombre.

Claro que echaba de menos a los otros componentes del equipo, pero Lachau le había hablado claramente, diciéndole que telefoneó a París y que todos estaban de acuerdo para que él acompañase a la muchacha.

Era muy hermoso saberse asistida, aunque fuese a distancia, por un grupo tan maravilloso y completo como el que formaban aquellos hombres a los que había conocido como estudiantes en el Liceo Moliére.

Roger entró en la habitación.

—¿Sigues admirando el paisaje, Yvette?

Ella se volvió sonriente.

—«Admirar» no es la palabra justa, amigo mío. ¿Quieres creer que cuanto más lo miro, más me impone?

Él se acercó, mirando hacia la masa de montañas.

—Es gigantesco — dijo.

—Ahí dentro — comentó la muchacha — debe de ser como un mundo aparte, como si nos alejásemos de la Tierra para penetrar en otro planeta.

—Fantaseas, querida...

—No. Ya verás como tengo razón. El hombre ha hecho muchas cosas admirables y ha dominado a los elementos; pero, a pesar del avance de la técnica, el Himalaya escapa a nuestro control y sigue siendo casi tan importante como hace milenios.

—Puede que sea así...

Se alejó de la ventana y encendió un aromático cigarrillo.

Ella le imitó y cuando hubo lanzado la primera bocanada de humo azul hacia el techo, dijo:

—Has visto a Milik? — inquirió.

—Si, acabo de dejarlo. Tenemos el equipo formado y todo dispuesto.

—¿Cuántos?

—Ocho «coolíes»... No olvides que llevamos dos tiendas y bastante carga de alimentos y ropas. ¿Te equipaste bien?

—No te preocupes por mí. Me cargué en Nueva Delhi.

—Milik me ha dicho que nuestro mayor enemigo será el frío. La temperatura, sobre todo durante las noches, es horriblemente baja.

—Procuraremos combatirla con éxito.

Y después de una pausa quiso saber:

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar allí...?

Él notó que habla una nota especial cuando pronunció la palabra «allí».

—Unos nueve días de marcha, según ha dicho Milik, hasta llegar al sitio donde, el camino se bifurca: uno hacia la lamasería budista, el otro hacía el valle que tomó Henri.

—¿Y después?

—No lo sé, exactamente. Milik me dijo que

avanzaron todo un día hasta llegar a las piedras.

Ya te lo expliqué: esa especie de columnas llenas de advertencias terroríficas.

—Si.

—Después hay un sendero que bordea el abismo del valle por el que corre el río. A la derecha queda el monasterio de esos tipos que practican el «Bon-po».

—He -oído hablar de eso, aunque muy poco...; ¿sabes tú algo más?

—Seguramente lo que tú. El «Bon-po» es una creencia bastante misteriosa, llena de ritos salvajes y sangrientos. Lo que debes saber es que los practicantes de la secta no son nada cómodos...

—¿Qué quieres decir?

—Que no les gusta verse interrumpidos. Por eso han elegido un lugar tan apartado. No permiten que se les moleste y suelen mostrarse bastante desagradables con los que lo intentan.

—Pero nosotros no les molestaremos...

Roger sonrió.

—Me encanta tu inocencia y tus buenos propósitos, Yvette. Pero creo que olvidas lo que hablamos en París. Si, como dijo Fabre, lo de los «yetis» es una escenografía terrorífica, montada por los monjes, se deduce que tendremos que vérnoslas con ellos.

—Tienes razón.

—Por algo he comprado tres magníficos rifles en: Nueva Delhi. No quiero caer en trampas y haré lo posible para evitarlo.

Ella frunció el entrecejo.

Murmuró:

—Nunca he sabido si Henri iba armado.

—Lo irla, con toda seguridad. Por muy poco que pensase, se daría cuenta de la peligrosidad de los lugares que iba a visitar.

—Sí...—hizo una pausa—. Henri sabia manejar toda clase de armas y no era un hombre de los que dudase en abrir fuego ante cualquier peligro. Por eso me extraña que se dejase atrapar de una manera tan estúpida.

—¿Qué sabes tú?

—Milik no habló de haber visto manchas de sangre.

—Porque el «sherpa» se limitó a andar unos metros alrededor del sitio donde encontró la máquina. Milik no es tan supersticioso como los demás, pero eso no le quita que tenga un pánico cerval a los «yetis».

Tiró el cigarrillo y poniéndose en pie dijo: Bueno, creo que es hora de que vayamos a comer. Debemos acostarnos temprano, ya que mañana saldremos al alba.

—¿Mañana?

—Sí. ¿O es que creías que íbamos a pasarnos aquí toda la vida?

* * *

Pauri había ya quedado atrás y cada vez que Yvette se volvía, el paisaje le parecía más extenso, ligado a la altura que iban alcanzando en la lenta ascensión.

El terreno ofrecía un aspecto montañoso, con sus senderos que serpenteaban entre un mar de verdura. De no haber visto, al fondo, las masas gigantescas de los macizos del Himalaya, la muchacha podía haberse creído en cualquier excursión en el Macizo Central.

Milik, el «sherpa», abría la marcha y ella iba detrás, teniendo a su espalda a Roger. Luego, en fila india, iban los portadores, inclinados bajo el peso de los fardos; silenciosos, hundidos en un mutismo tan asiático como incomprensible.

El camino zigzagueaba entre una vegetación puramente montañosa. Pronto dejaron de ver árboles y la flora se fue haciendo escasa a medida que iban ganando altura.

Al mismo tiempo, la temperatura se hacía sentir y una brisa helada cortaba el rostro, a pesar de la capa de grasa que se habían puesto en la cara para evitarlo.

Todavía no era necesario ponerse las gafas, ya que la nieve no era, ni mucho menos, abundante. Pero el descenso de la temperatura anunciaba la proximidad de zonas heladas, de ventisqueros donde el aire mordería con saña los cuerpos.

Caminaron durante seis horas, casi sin concederse descanso alguno. Después, al tiempo que abandonaban la zona montañosa con vegetales y se adentraban por una especie de meseta donde la nieve cubría el noventa por ciento de la superficie,, Milik levantó el brazo derecho, dando la señal de alto.

Roger se adelantó.

—¿Tenemos que instalar el campamento aquí?

—Sí, señor Lachau. Hemos avanzado lo bastante por hoy y habrá que cambiar de vestidos: me refiero a ustedes dos.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendrán que abrigarse más.

—¿Va a aumentar el frío?

El «sherpa» señaló hacia el límite de la meseta.

—Allí — dijo — empieza un ventisquero por el que hemos de subir. Es un sitio malo, donde la nieve está helada. Tendrán que ponerse las botas claveteadas y los abrigos de pieles. El viento es muy frío por aquella parte.

—¿Qué hay después?

—Siempre ventisquero. Durante un par de días, tendremos que movernos por él, hasta alcanzar su parte más alta. Allí encontraremos otra meseta que hay que atravesar.

—Bien. Ordena que monten las tiendas y que preparen la comida.

—Sí, señor.

Poco después las hogueras chisporroteaban alegremente, al tiempo que el día iba declinando a gran velocidad. Sentados en el interior de la tienda de Yvette, ésta y Roger comieron y bebieron. Después encendieron sendos cigarrillos.

—¡Ya estamos en camino!—suspiró ella.

—¿Estás contenta?

—Francamente, sí. Nunca creí que tardásemos tan poco en ponernos en marcha. Claro que todo esto te lo debo a ti.

Roger esbozó una sonrisa.

—Ya verás como el tiempo pasa rápidamente y antes de que te des cuenta estamos ya donde llegó Henri.

—Creo que me moriré de emoción.

—No digas tonterías. Aquí no se muere más que de pulmonía doble. A propósito, ponte ropa de más abrigo: es orden del «sherpa».

—Por eso no te preocupes: me disfrazaré de oso polar.

—Aquí no tienes que hacer admirar tu silueta, aunque para mí siempre estarás bonita.

Le miró, sonriendo, pero una nube de duda pasó por sus ojos, inadvertida por el hombre.

A la mañana siguiente, recogidas las tiendas, el grupo reanudó la marcha, atravesando la meseta y penetrando por el ventisquero del que había hablado Milik.

Roger se dio cuenta de que el «sherpa» no había exagerado. El

ventisquero no era, en realidad, más que una especie de pasadizo, no muy ancho, ya que en algunos sitios no pasaba de los diez metros y era tremendamente alto, lo que hacía que la luz se filtrase desde lo alto, como por una estrecha rendija, haciendo que los hombres marchasen en una casi completa oscuridad.

Un viento helado, cortante, silbaba por allí, estableciendo una fuerte corriente, a lo largo de aquel desfiladero, obligando a los exploradores a andar inclinados, avanzando con dificultad notoria.

El silbido del viento era el único sonido que allí había, e Yvette estaba hondamente impresionada, dándose cuenta de que acababa de entrar en contacto con el verdadero Himalaya. Pensar que Henri había pasado por allí, con su eterna sonrisa en los labios, le daba ánimos para vencer la fatiga que se iba apoderando de su cuerpo, forzosamente doblado en dos. El suelo, resbaladizo en extremo, contribuía también al cansancio, ya que los resbalones se sucedían casi sin interrupción.

Mucho antes de llegar la noche, el «sherpa» hizo que se detuvieran, ordenando establecer las tiendas, pero los «coolíes» no lograron hacerlo, ya que el viento, encajonado y cada vez más impetuoso, hizo baldíos cuantos esfuerzos desplegaron.

Milik acabó por encontrar un entrante en el borde liso de las paredes y lo señaló a Roger, indicándole que podía colocarse allí, en compañía de la muchacha, para pasar la noche.

Así lo hicieron, acurrucándose el uno contra el otro. Un «coolí» les sirvió la cena y después tomaron un vaso de café frío con coñac, ya que fue Imposible encender fuego.

—Es horrible — musitó la muchacha.

¿Creías acaso que no habría dificultades? ¡Y esto no es más que el principio!

—¿Es que quieres asustarme?

—No. Sabes muy bien que estoy dispuesto a hacer lo que sea para que no sufras...

Ella no dijo nada.

Había observado, desde hada poco, un cambio radical en la manera de ser de Roger. Nunca imaginó que una cosa así se produjese, ya que había tratado a Lachau, como a todos los demás de la «banda», de

una forma en la que no podía caber la menor duda.

Todos ellos sabían que tenían en ella una amiga, una hermana, y ninguno de ellos se atrevió jamás a deshacer aquel pacto sagrado que, de una manera natural y espontánea, se había establecido entre ellos.

Pero ahora...

No podía escapar a la fina intuición de su alma femenina aquella forma de tratarla que tenía Roger desde que habían salido de Pauri. Sus palabras y hasta sus ademanes poseían un «algo» nuevo que no podía engañar a la muchacha.

Se decía ahora, acurrucada allí, junto a él, que era suya la culpa por haber permitido que fuese Roger sólo quien la acompañase en aquel viaje. De haber salido todo el grupo, tal y como ella había pensado, ningún problema se hubiera presentado, sobre todo como éste que apuntaba ya y cuyo cariz desagradable iba a malograr el viaje.

¿Es que estaba tan ciego como para no percatarse de que si había hecho aquel viaje, si estaba dispuesta a afrontar los peligros que se presentasen, era exclusivamente por saber cómo había muerto el único hombre amado y para vengar su muerte?

Pero Yvette conocía suficientemente la vida para saber que nada se opondría a los deseos de un hombre que contaba, por anticipado, con su triunfo.

Y aquello era lo desagradable.

No había nadie en el grupo a quien poder confesar sus temores, en busca de una solución que no fuese la de hablar clara y crudamente a Lachau, haciéndole ver lo feo de sus maniobras. Se encontraba sola, completamente sola y sin el apoyo de un amigo al que pedir consejo. Porque el único amigo era, precisamente, quien estaba tomando un camino erróneo y desastroso.

—¿Duermes?

La voz de Roger, tan cerca, la asustó. Y no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Te he asustado?

Y ella, imitando el tono de una persona que acaba de ser despertada bruscamente, dijo:

—Estoy muy cansada... Roger...—bostezó, lo más sonoramente que pudo—. Buenas noches — musitó, después

Pero estaba muy lejos de poder conciliar el sueño.

Tuvo que hacer, no obstante, un verdadero esfuerzo para que su respiración fuese rítmica y que Roger creyese que estaba verdaderamente dormida.

Pasaron largos, interminables minutos.

Y, de repente, ella notó que él se movía, a su lado. Después, helada de espanto, sintió el aliento del hombre cerca de su rostro y, finalmente, los labios de Roger se posaron dulcemente sobre su mejilla.

Una sensación de asco, de desesperación y de desilusión la embargó. Y tuvo que reunir todas sus fuerzas para evitar lanzar el grito de protesta que ansiaba salir de su garganta.

Por último, cuando el hombre volvió a su posición normal, ella dejó que las lágrimas cayesen mansamente por sus mejillas.

CAPÍTULO V



A segunda meseta había quedado ya atrás y marchaban ahora por el borde de un precipicio, rodeando un picacho impresionante un picacho impresionante que, sin embargo, al lado de los otros que había más atrás, parecía un despreciable enano de feria.

Yvette había dado gracias a Dios de que se acabase el ventisquero para poder dormir en su tienda, cuya cerradura de cremallera procuraba mantener siempre fija al pivote inferior de seguridad.

La actitud de Roger no había cambiado, pero ella se daba cuenta de que él esperaba, con la misma tranquilidad que el águila que sobrevuela la víctima que intenta inútilmente huir.

La muchacha deseaba que llegasen cuanto antes a la zona donde, así esperaba, los peligros hiciesen que Roger se olvidase un poco de sus poco amistosos propósitos.

Aquella tarde montaron el campamento en la división de los caminos, justo en el lugar donde empezaba el valle por el que discurrían las limpias aguas del Men-Shu.

Ella experimentó una sincera alegría al saber que, a partir de aquel instante., iban a penetrar decididamente en el territorio peligroso, en la zona donde reinaban los misteriosos monjes del «Bon-po» y los no menos misteriosos «yetis».

Evitando que Roger entrase en su tienda, como tenía por costumbre, para cenar juntos, se sentó junto a uno de los fuegos, haciéndose servir allí por uno de los «coolíes».

Lachau no tardó en acercársele.

—¿Cómo? ¿No cenas en tu tienda?

—Estoy demasiado emocionada, Roger. ¿Es que no te das cuenta de que estamos llegando?

—Sí —repuso él, sentándose a su vez a su lado y haciendo un ademán al indio para que le sirviese su comida. Después añadió—: Tenias ganas de llegar, ¿eh?

—Muchísimas. Pensar en que estoy tan cerca me pone nerviosa.

La voz de él sonó un poco dura.

—No creo que llegues a imaginar que vamos a encontrar su cadáver.

—Ya me imagino que eso es imposible, pero no es ése el motivo de esta expedición. Bien lo sabes.

—Sí, ya lo sé.

Ella dejó el plato a un lado, encendiendo un cigarrillo.

—Hasta ahora — dijo — todo ha ido muy bien.

—Igual ocurrirá con el resto.

—Me gusta oírte hablar así.

—¡Es que ya empiezo a estar cansado de tanta idiotez! ¿Te has fijado en las caras que ponen esos imbéciles?

—¿Los «coolíes»?

—Sí. Desde que hemos llegado aquí no hacen más que mirar, con un miedo estúpido, hacia el camino que tomaremos mañana. Nunca creí que pudiese haber gente tan cretina...

—Yo los comprendo — repuso ella, dolida de las crudas palabras de su compañero—. Ellos no son como nosotros, Roger.

—¿Tú crees?

—Claro. Han vivido siempre bajo la sombra de supersticiones y temores. Desde muy niños, sus padres, sus amigos y los mayores les han hablado de esas regiones con el mismo pánico que ellos experimentaban. ¿Has olvidado acaso lo que ocurría en Europa hace siglos?

Y como Roger no dijo nada, limitándose, a encogerse de hombros, siguió:

—Cuando Colón salió para América, todavía se creía que el Atlántico terminaba en una especie de colosal catarata sin fondo, un abismo infernal.

—Igual creían los vikingos.

—Por eso mismo, Roger, no debemos despreciar a estas pobres gentes.

—¡Son una banda de cobardes!

—Es posible. Pero no olvides que sin ellos estaríamos completamente perdidos.

Se volvió hacia la muchacha, con un colérico brillo en los ojos.

—¡Eso es precisamente lo que me preocupa! He hablado con Milik y el «sherpa» me ha dicho que no sabe si los «coolíes» nos seguirán mucho tiempo.

—¿Quieres decir que nos abandonarán?

—Sí y no…

—No comprendo.

—Ellos no volverán solos a Pauri; de eso puedes estar segura. Pero pueden quedarse atrás, negándose a avanzar por miedo a los demonios de los monjes del «Gompa» que hay más adelante.

—Entonces tendríamos que seguir solos, ¿verdad?

—Sí, pero no es una cosa que me haga muchísima gracia. Ya puedes imaginarte que tendríamos que cargar, por lo menos, con las provisiones, ya que no podríamos llevar las tiendas con nosotros.

—Entiendo.

—Pero antes de que eso ocurra, me conocerán…, ¡palabra! No estoy dispuesto a que un grupo de sucios ignorantes se rían de mí.

—No emplearás la violencia, ¿verdad?

—Ya veremos…

Ella le miró suplicante.

—Por favor, Roger…, no olvides que debemos conservar a los porteadores. Si ellos nos abandonasen, tendríamos que volver cargados, abandonar toda o casi toda la impedimenta… ¡Sería horrible!

Lachau sonrió.

—No te preocupes, cariño. Si es verdad que existen esos gigantescos «yetis», te cazaré unos cuantos y volveremos en sus brazos a Pauri.

Yvette no dijo nada.

Más que su baladronada, era la palabra «cariño» la que le habla herido profundamente, demostrándole que Roger seguía en sus trece y que no esperaba más que la ocasión para confesarle unos sentimientos que la horrorizaban.

A la mañana siguiente, cuando reanudaron la marcha, ella se dio cuenta de que Roger estaba preocupado con la pasiva actitud de los «coolies» y pensó, agradecida a aquella circunstancia, que por

lo menos se olvidaría un poco de ella.

Caminaba la muchacha al lado del «sherpa», ya que Roger iba el último, cerrando la marcha y con su rifle en las manos. Los orientales se habían dado cuenta del cambio de actitud del «sahib», pero sus rostros no expresaban absolutamente nada.

—¿Está muy lejos esa piedra, Milik? — inquirió la joven.

Él se volvió, sorprendido, como si no se hubiese dado cuenta de la presencia de la muchacha o marchase abstraído en sus propios pensamientos.

—¿La piedra?

—Sí. Habló usted de esas dos columnas...

—¡Ah! Llegaremos esta misma tarde, señorita.

Ella dejó pasar unos segundos antes de romper nuevamente el silencio. Al cabo de los cuales preguntó:

—¿Cree que los porteadores nos abandonarán?

—No lo harán, pero nadie les obligará a ir más allá de las columnas. Ni el rifle del señor Lachau.

—¿Qué haremos entonces?

—Seguir nosotros tres.

—Creo que es lo mejor.

Hubo una nueva pausa; luego, cuando ella menos lo esperaba, dijo;

—Ya le dije, señorita, que hacía mal en venir. Los espíritus de las montañas ya han empezado a encolerizarse.

Yvette sonrió.

—¿Cómo lo sabe?

Él la miró con sus profundos ojos negros.

—Los demonios de los monjes «Bon-po» son muy listos, señorita. Saben mucho más que los hombres blancos.

—¿Qué quieres decir?

—Que han empezado a meter locura en la mente de Lachau-«sahib»... ¡Son muy listos!

—No te entiendo, Milik — dijo ella, tuteándolo por primera vez.

—¿No se ha fijado acaso, señorita, en los ojos del señor Lachau? Ahora están llenos de la cólera que los demonios han metido en su cabeza.

—Ya entiendo; pero no te preocupes, Milik: yo sabré tranquilizarle.

—No lo sé, señorita... Porque la otra noche no habla cólera en sus ojos, sino otra cosa.

Ella se estremeció y tardó cerca de dos minutos en inquirir, con voz turbada:

—¿Qué cosa, Milik?

—La señorita lo sabe mejor que yo. Ya se lo advertí: los espíritus son muy listos y harán que la voluntad del señor se aleje..., lo volverán loco. Porque lo que desean es inutilizarlo para poder apoderarse de la señorita.

Yvette sintió un nuevo frío por la espalda.

Le horrorizaba que Milik se hubiese dado cuenta de la desaforada pasión que había surgido en el corazón de Roger. Y nada importaba que diese una explicación tan fantástica. El hecho es que se había percatado, demostrando que era muchísimo más listo de lo que ella se había imaginado.

—El señor Henri — dijo él — era mucho más fuerte y supo evitar las artimañas de los espíritus. Si no hubiese caído en manos de los «yetis», habría regresado sano y salvo.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

El camino se hacía cada vez más estrecho, con una pared rocosa a la derecha y el abismo a la izquierda. Abajo, rugiente y torrentoso, el Men-Shu corría sobre riscos y nieve, venciendo las bajas temperaturas que amenazaban helarle.

La pendiente se acentuó más y más hasta hacer que, la marcha se convirtiese en algo penoso. Yvette ya no podía más, pero pensó que quizá Roger no deseaba pararse para no dar ocasión a los «coolíes» de que pensasen demasiado en Ja región donde estaban internándose.

Finalmente, la pendiente se transformó en llanura y la áspera pared de la derecha desapareció, dejando ver, desde lo alto de la senda, que marchaba ahora por la cresta de la montaña, una planicie que las brumas del atardecer cubrían casi por completo.

A la izquierda, la bruma tapaba también el río, cuyo rugir era la única nota sonora que perforaba el muro de intenso silencio que reinaba en aquella altura.

Quinientos metros más de marcha y Milik se detuvo, señalando dos piedras verticales que se alzaban ante ellos, delimitando una especie de entrada.

—¿Son... ésas?

—Si.

Un rumor brotó de todas las gargantas indígenas y los hombres, que no habían recibido ninguna orden de detenerse, dejaron caer los fardos, tácitamente, sin cesar de murmurar en voz baja.

Roger se adelantó, corriendo, y se detuvo ante el «sherpa».

—¿Por qué nos hemos detenido, Milik?

—Debemos hacerlo, señor. Es casi de noche.

Roger miró hacia las columnas de piedra.

—¿Son éstas? — inquirió.

—Sí.

El joven se acercó, mirando los relieves que, en un lenguaje gráfico, que le era completamente desconocido, debían expresar las advertencias de las que el «sherpa» le había hablado.

—¡Milik!

—¡Señor!

Se acercó el guía, seguido de Yvette.

—¿Entiendes esto? — inquirió Lachau.

—Sí, señor.

—¿Puedes traducírmelo?

Hubo una pausa; después, estático, replicó:

—Lo intentaré.

Y tras un nuevo silencio leyó:

—«Vosotros, los que os habéis atrevido a llegar hasta aquí, pensad que a partir de estas piedras, puertas del Infierno, los espíritus del Tíbet son los dueños absolutos... Si eres un cochino budista, ¡huye! Si no estás ejercitado en la doctrina «Bon-po», ¡huye! Porque los Demonios de la Confusión y del Terror harán presa en ti. Y si lograses escapar a sus dominios, los «yetis», señores de la Meseta, acabarán devorando tu inmunda carroña... ¡Huye, mil veces maldito!...»

Respiró profundamente; luego añadió:

—Eso es todo, señor.

Roger dejó escapar una risa aguda.

—¿Y tú crees en eso, Milik?

El «sherpa» frunció el entrecejo, pero no despegó los labios, que tenía fuertemente apretados.

Volviéndose hacia los «coolies», que estaban plantando las tiendas más allá de las columnas y que no dejaban de mirarlas, con el respeto y el miedo reflejados en el rostro, Lachau escupió despectivamente en el suelo.

—¡Manada de cobardes! ¡Hijos de cobardes! ¡Mirad lo que hago con todas estas tonterías!

Y echándose el rifle a la cara, disparó, seis veces consecutivas,

sobre las columnas, haciendo saltar trozos de roca y constelaciones de chispas.

El estrépito de los disparos se dejó oír largo rato, interminablemente repetido por el eco.

—El señor ha hecho mal—dijo Milik.

—¿Por qué?

—Porque los monjes sabrán así que estamos aquí.

—Tiene razón — intervino la muchacha.

—¡¡Basta!! —rugió Lachau, fuera de sí—. ¡Estoy más que harto de oír estupideces! ¡Yo soy el jefe de esa expedición y hago lo que me da la gana! ¿Entendido?

Miró a los porteadores.

—¡Y vosotros, cerdos inmundos, tened cuidado!

Se acercó a los paquetes que contenían comida, arrastrándolos hasta el otro lado de las columnas. Quería así significar que nadie se iría de allí sin su permiso.

—¡Yo iré por la comida! — exclamó—. Porque estoy seguro que ninguno de vosotros se atreverá a hacerlo... ¡Así impediré que huyáis, banda de gallinas!

Se volvió a Yvette y, sonriendo, le dijo:

—Ya ves, cariño, que no es tan difícil como pensabas tener las riendas de todos estos miedosos.

Milik movió la cabeza, pensativo, de un lado a otro.

La noche se les echaba encima y Roger fue en busca, de alimentos que entregó al «coolí» que hacía de cocinero.

—Toma, ya puedes preparar la cena.

Pero el hombre no se movió.

—¿Qué demonios te ocurre? — rugió Roger.

Y volviéndose llamó:

—¡¡Milik!!

El «sherpa» corrió hacia él, mirando al hombre blanco y después al indígena.

—Dile a este imbécil que prepare la cena — rugió Lachau.

Milik habló al hombre, que seguía con la mirada fija en los sacos de alimento, sin pestañear. Luego, sin levantar la cabeza, el hombre habló en su extraño lenguaje.

—¿Qué dice? — inquirió.

—Que no puede tocar esos alimentos.

—¿Por qué?

—Porque han estado al otro lado de la columna y estarán ya contaminados por los espíritus malignos. Ninguno comerá de ellos, señor.

—¿Eh? —los ojos de Roger llameaban—¿Pero es que se han vuelto locos? ¡Todos los alimentos están al otro lado! ¿Es que no van a comer?

—No, señor.

—¿Y qué harán entonces?

—No lo sé. Pero prefieren morir de hambre antes que probar el contenido de esos sacos.

Lachau lanzó una carcajada.

—¡Banda de estúpidos supersticiosos!—exclamó—: ¡Mejor que mejor! Prepara tú la comida, Milik.

—No puedo hacerlo, señor.

—¿Eh?

—Yo tampoco comeré. Seguiré a vuestro lado, pero me alimentaré de mis propias provisiones.

Y tocó el zurrón que le colgaba, en bandolera.

—¿Cómo? No irás a decirme que crees que los alimentos contienen espíritus, ¿verdad?

El «sherpa» no contestó.

Con el rifle en la mano, Lachau estuvo muy cerca de utilizarlo, matando a todos aquellos estúpidos; pero, pensándolo mejor, dijo:

—Bien: diré a Yvette que prepare la comida para los dos.

Y cogiendo el saco se alejó hacia la hoguera que los «coolies» habían encendido para la muchacha y para él.

Explicó el caso a Yvette.

—¿Qué te parece?— inquirió, al terminar.

—Ya te dije que los tratases con más cuidado.

Él estalló:

—¿Qué querías que hiciese? ¿Que me inclinase ante su idiotez supersticiosa?

—Les has herido en lo más hondo de sus creencias y se irán.

—No lo creas. Lo que ocurre es que los hemos cebado demasiado. Pero el hambre les hará volver al buen camino... Y hablando de hambre, ¿vas a hacerme algo, cariño?

—¡¡No me llames cariño, Roger!!

Él se sorprendió, pero, dominándose casi en seguida, se disculpó:

—Perdona, Yvette...; creí que no te ofendía.

Ella no le contestó y empezó a preparar los alimentos. Estaba contenta y satisfecha de haber tenido la suficiente presencia de espíritu para hacerle comprender que seguía una senda equivocada.

Quizá, si era todo lo sensato que ella esperaba, se diese cuenta de que había errado el camino y volvería a ser el mismo buen amigo de antes.

.

CAPÍTULO VI



E despertó sobresaltada, víctima aún de la espantosa pesadilla que acababa de vivir.

Soñó que se encontraba completamente sola, en medio de una especie de meseta blanca. La nieve le llegaba hasta las rodillas y apenas si podía moverse; sin embargo, haciendo de tripas corazón, había avanzado, en la difusa claridad de aquel fantástico atardecer, llamando a Henri a gritos, segura de que él la estaba oyendo pero no podía moverse, ya que había caído en lo hondo de un glaciar.

El frío le penetraba hasta los huesos y las puntas de los pies hormigueaban como si la sangre no circulase ya por ellos. Pero Yvette seguía gritando, buscando el borde del abismo en aquella superficie nívea que parecía no tener fin.

Por último, una silueta había aparecido a su derecha, avanzando lentamente hacia ella. Cuando volvió el rostro hacia aquella aparición, Yvette lanzó un grito espantoso, al darse cuenta de que era un «yeti», peludo y horrible, con sus colmillos agudos al aire.

La bestia avanzaba sin cesar y ella corrió, o intentó hacerlo, pero la nieve parecía subir cada vez más aprisa, como si creciese, a pesar de que no caía del cielo.

Hasta que le llegó al cuello.

Se dio cuenta entonces de que estaba irremisiblemente perdida y se volvió, justo para ver que el hombre de las nieves se lanzaba furiosamente sobre ella.

Fue en aquel momento cuando se oyó un disparo y el «yeti» se

desplomó, surgiendo detrás de él la silueta de Roger, que, con el rifle aún humeante en las manos, reía, con una risa de triunfo.

Ella sintió entonces la desesperación de saberse a merced de Lachau y casi hubiese preferido las garras del «yeti». Porque sabía que Henri estaba allí cerca, esperándola y que Roger no la dejaría ir en su ayuda.

—¿Qué te ocurre, Yvette?

Roger estaba a su lado, pero ella tardó bastante en darse cuenta de que acababa de despertar.

—¡Henri! ¡Déjame ir en su busca! ¡Está ahí, en el glaciar!

—Vamos, vamos; despierta, por favor.

Poco a poco, la tranquilidad volvió a ella y su corazón dejó de latir con la impetuosidad que lo hacía momentos antes.

—Estaba soñando — dijo ruborizándose.

—Ya ha pasado todo.

Milik se acercó en aquel momento, echando unas briznas de raquítica hierba sobre la casi completamente apagada hoguera.

—Son los malos espíritus, señorita... También me han molestado a mí durante el sueño. Esto es una mala señal.

—¡Calla, estúpido!—bramó Roger.

Rápidamente se deshizo de las mantas que le envolvían, poniéndose en pie.

Miró hacia atrás.

—¿Y los «coolíes»?— inquirió.

—Se han ido.

—¿Cómo? ¿Nos han abandonado?

—Eso es, señor. No tenían nada para comer y se han ido.

—¿Quieres intentar decirme que van a encontrar comida en la montaña?

—La encontrarán. Han ido hacia el monasterio budista. Allí les darán comida, lumbre y cama.

—¡Cobardes! ¡Abandonarnos así! ¿Los viste ir?

—Si.

—¿Y no lo impediste?

—No, señor.

El puño derecho de Roger salió disparado, chocando con la mandíbula del «sherpa», que cayó de espaldas sobre la nieve.

—¡Roger! — gritó Yvette, poniéndose en pie.

Milik se incorporó, sin dejar de mirar al hombre blanco.

—Los espíritus se han apoderado de la mente del señor—dijo—; pero, de todos modos, yo ruego al señor que no golpee más a Milik. Porque la primera vez que lo vuelva a hacer, le mataré.

Yvette vio que el color del rostro de Lachau viraba hacia el blanco. Roger tenía miedo y toda aquella cólera no era más que una manera con la que intentaba vencerlo.

Sonrió, aunque no logró más que una mueca.

—Perdona, Milik… — dijo.

—Ya sé, señor — replicó el otro., tremendamente serio—, que son los espíritus que han penetrado en su cerebro. El señor debe vencerles. Porque si ellos se apoderan de su alma, Milik tendrá que matar al señor.

—Procuraré dominarme — dijo Roger, bajando la cabeza.

El desayuno se hizo en silencio, un silencio que pesaba sobre ellos con la fuerza de un hechizo. Después, cuando Milik hubo guardado los sacos de provisiones bajo las tiendas, tomando dos paquetes para el camino, se acercó a los blancos.

—¿Vamos? — Invitó.

Yvette y Roger se pusieron en pie, tirando los cigarrillos que estaban fumando. Luego el hombre miró hacía las dos piedras, que se erguían amenazadoras, como si señalasen la frontera entre la verdad y lo Imposible.

—¿Sabes lo que me recuerdan estas inscripciones, Yvette?

—No.

—Aquel letrero que el Dante puso a la puerta de su Infierno: «Lasciate ogni speranza, voi que entrate.» «Tú, que entras aquí, deja toda esperanza.» ¿No es así?

—Sí, así es.

Se pusieron en marcha y pronto dejaron atrás las maléficas columnas. El paisaje se hizo inhóspito y a medida que la bruma matinal se fue evaporando, fueron viendo más y más extensión: el valle a la izquierda y una meseta interminable a la derecha.

—¿Qué es aquello? — inquirió de repente la muchacha.

Milik miró hacia la dirección indicada por la Joven.

—Es el «Gompa»: el monasterio — aclaró.

—¿Es allí donde viven los monjes del «Bon-po»?

—Si.

Marcharon durante cerca de una hora, notando que la senda se acercaba más y más al monasterio, del que, sin embargo, les separaba una honda depresión de terreno. Al mismo tiempo se apercibieron de que la senda que seguían iba tomando altura, de modo que, poco después, pudieron ver el monasterio casi a sus pies.

Estaba bastante lejos, pero las siluetas de la gente que se movía detrás de la muralla y en los patios era perfectamente visible.

Echándose los prismáticos a la cara, Yvette contempló detalladamente el «Gompa».

—¡Hay mujeres! —exclamó, al cabo de unos instantes de contemplación.

—Sí — dijo Roger, que miraba también con sus prismáticos—. Y van vestidas con colores vistosos.

—¿Hay alguna que lleve una capa roja?—inquirió el «sherpa».

Tardaron unos instantes en contestar y fue la joven quien exclamó:

—¡Veo a una vestida de rojo! ¡Es muy joven!

Milik frunció el entrecejo y como no hacía comentario alguno a la respuesta de la muchacha, Lachau, preguntó:

—¿Qué significa esa capa roja?

—Que están preparando un sacrificio.

Dejando los gemelos, Yvette miró al hindú e inquirió:

—¿Van a matarla..., Milik?

—No lo sé, señorita. Pero he oído decir que el color rojo es el que atrae a los Malos Espíritus de la Meseta.

—¡Bobadas!—exclamó Roger.

Y después de una pausa, bajando definitivamente los gemelos, dijo:

—Creo que lo mejor seria continuar el viaje. ¿Estamos muy lejos del lugar donde encontraste la máquina, Milik?

—A una media hora de aquí.

—¡Pues, en marcha!

No hubo variación notable en el paisaje, tremendamente árido, que se extendía ante ellos. Enfrente, mezclándose ya con la bruma de la tarde, se adivinaban, más que veían, macizos rocosos cuyas puntas eran invisibles. Algunas manchas verdosas

debían indicar una vegetación pobre que se defendía con desesperación del rigor de un clima ártico.

En efecto, el frío era intensísimo y el viento silbaba sobre las peñas como un horripilante lamento sin fin.

—¿No se estará preparando una borrasca? —inquirió Roger.

—No — repuso el guía —. Éste es el clima corriente en esta meseta.

—La desolación es impresionante — comentó la muchacha—. Se diría que nadie debería vivir aquí, como si una prohibición superior se impusiese.

—¿Es que vas a dejarte llevar por todas las historias que hemos oído, Yvette?—inquirió Lachau.

—No es eso repuso ella—. Pero siento claramente la impresión que acabo de decirte. ¿No te das cuenta de que esta soledad no es normal y que parece como si estuviésemos en otro mundo?

—Eres demasiado sensible, querida.

Poco después, para evitar la fuerte corriente de aire que soplaba por la meseta, Milik hizo que se acercasen a una de las paredes, a la izquierda, que cubría la vista del río. Avanzando por allí, estaban fuera del azote del cierzo que soplaba sin cesar.

—¿Estamos aún muy lejos?

—No, señorita... Fue al final da esta pared. Falta muy poco.

Ella experimentaba una emoción intensa, algo muy superior a todo razonamiento, como una rara intuición que se impusiese, en contra de su voluntad como un mandato, en su mente.

«No debías haber violado la tumba de Henri — se dijo, asustada de sus propias ideas—. Porque todo esto es como su tumba, el lugar donde vivió sus últimos instantes... »

Tenía miedo.

La pared perdía altura y ya, mirando hacia arriba, podía verse, a veces, entre la bruma que el viento arrastraba, el borde aserrado de la falla. Pero todavía tenía una altura de más de sesenta metros.

Fue tan inesperado, que el mismo Milik se

confundió y cuando oyó el rodar de los cantos que caían desde arriba, gritó;

—¡Péguense a la pared! ¡Es un alud!

Le obedecieron, pero sólo unas cuantas piedras, no muy grandes, cayeron, hundiéndose blandamente en la nieve.

Luego bajó el trozo de pizarra.

Era bastante grande y cayó de plano, salpicando la nieve a su alrededor. Tenía una forma trapezoidal y un tamaño de unos cincuenta centímetros por su parte más ancha.

—¿Qué es eso?—inquirió Roger.

Milik miró cuidadosamente hacia arriba antes de adelantarse. Cuando estuvo seguro de que el alud había cesado, avanzó, inclinándose y cogiendo la pizarra volvió al lado de los otros.

—Parece escrita — dijo.

—¿Escrita? — preguntó Yvette.

Y, de repente, lanzando un grito, arrancó de las manos del «sherpa» la pizarra. Toda ella temblaba y hubo de dominarse para poder darse cuenta de que no se había equivocado.

—¡Dios mío!—gritó.

A su espalda, Roger miró, por encima del hombro de la muchacha, leyendo en seguida lo que allí había escrito

«Je vous en prie! Eloignez-vous de suite! Un danger vous menace... Surtout toi, Yvette chérie! Les «yetis» son tres pres d'ici et ils ne tarderont beacoup á vous attaquer... Fuyez!» (l[1]).

El rostro de Yvette estaba blanco, como el papel.

—¡No es posible, Dios mío!

—Y está escrito en francés — dijo Roger.

Ella se volvió bacía él, mirándole, como si le retase.

—¡Claro que está escrito en francés! ¡Como que lo ha escrito Henri!

—No puedo creerlo. Alguien conocía nuestra presencia y la palabra «querida» no significa nada.

—¡Sí que significa, Roger! Porque es la escritura de Roger. Reconocería su letra entre un millón.

—¿Estás segura?

—Por completo.

Hubo un corto silencio; después Lachau se compadeció:

—¡Pobrecillo!

Yvette, que lloraba, sin dejar de mirar a la pizarra, se volvió, como si una víbora acabase de picarle.

—¿Pobrecillo? ¿A qué viene eso ahora...?

Roger señaló la pizarra.

—¿Es que no te das cuenta de que habla de «yetis», Yvette? Ya sabes que lamentaría muchísimo que le hubiese ocurrido algo... mucho peor que la misma muerte.

—¿Quieres decir que se ha vuelto loco?

Lachau no dijo nada, pero asintió, débilmente, con la cabeza.

Fue entonces cuando el «sherpa» preguntó lo que decía en la pizarra, ya que no habla entendido nada de la conversación de los dos jóvenes, pues éstos hablaban en francés.

Yvette le leyó la misiva de Henri.

Y los ojos del «sherpa» brillaron.

—Yo estoy muy contento de que el señor Domond se haya salvado, señorita. Es un hombre valiente, pero...

—¿Qué quieres decir, Milik?

—No sé si debo...

—¡Habla, por favor!

El hindú se mordió los labios; luego, en voz baja, como un susurro:

—Temo darle una gran pena, señorita... pero yo estoy convencido de que eso — y señaló la pizarra que ella seguía teniendo en las manos — lo ha hecho el espíritu del señor Henri.

—¿Por qué decías antes que te alegraba el saberle salvado?

—Y me alegra. Porque si el señor ha podido escribir esto es que se ha liberado de los «yetis» y su espíritu vaga por la Meseta, para el bien de todos los que se atreven a visitarla. Él advertirá a los extraviados y cuidará de que no caigan en manos de los «yetis».

Yvette no dijo nada.

Estaba segura, completamente segura de que Henri se había salvado, no sabía cómo, pero aquello era lo que le importaba. Y la pizarra que tenia entre las manos, fuertemente cogida con sus temblorosos dedos,

era la prueba indudable de que el hombre al que amaba, más que nunca, había sabido escapar de las garras de los terribles peligros de la Meseta.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó, entornando los ojos y experimentando un gozo sin límites.

—¿Qué vamos a hacer? — preguntó el «sherpa».

—Seguir — repuso Roger—. Ahora que tenemos una sospecha de encontrar vivo a Henri, creo que debemos aprovecharla.

—Tienes razón, amigo mío —dijo Yvette—; pero ¿no podíamos obedecer a Henri?

—¿Qué quieres decir?

—Que, si retrocediésemos un poco, podríamos esperar sus instrucciones, en vez de lanzarnos ciegamente hacia lo desconocido.

—No, prefiero salir de dudas inmediatamente. Perdona, Yvette, pero sigo creyendo que lo de los «yetis» es pura fantasía. Y quiero, ya que he venido aquí, comprobarlo definitivamente. ¡Sigamos!

El viento ululaba quejumbrosamente.

* * *

—¿Un poco más de coñac, Daubal?

—Sí.

Se hallaban reunidos en el salón de la casa de Fabre. Habían empezado las vacaciones y todos ellos deseaban hablar de Yvette y Roger.

—¡No pongáis esa cara!—exclamó Brun—. Es demasiado temprano para que hayan regresado del Himalaya.

—Han pasado tres semanas desde que Roger partió para Karachi.

—¿Y qué? ¿Creéis que una expedición se prepara así como así? Además Roger habló con nosotros, desde ese demonio de pueblo...

—Pauri — le ayudó Fabre.

—Eso es: desde Pauri. Decía que todo iba perfectamente y que salía hacia la montaña a la mañana siguiente.

—Eso hace — calculó Fabre—, si no me equivoco; diecisiete días de viaje.

—Exactamente.

—Roger habló de que iban a tardar unos ocho días en llegar al sitio donde el «sherpa» encontró la

cámara de Henri. Contando que hayan permanecido allí dos o tres días, pongamos tres, eso hace once. Que con los ocho de regreso, suman veintiuno. Luego faltan cuatro para que lleguen a... ¿cómo diablos dijiste, Charles?

—Pauri — repitió Fabre.

Hubo una pausa.

—Yo creo — volvió a decir Charles — que deberíamos hacer un pequeño viaje, hasta Pauri. Tenemos suficiente dinero para ir y, además, contamos con la ayuda del director de «Paris-Revue». ¿Qué os parece?

—A mí de perlas — dijo Brun.

—Contad conmigo — asintió Daubal.

Charles sonrió.

—Eso hace una unanimidad completa, ciento por ciento. Si salimos mañana para Karachi, dentro de dos días estaremos en Nueva Delhi y el mismo día, por la tarde, en Pauri. ¿Qué cosa más agradable podemos ofrecer a esa valiente pareja que un amistoso comité de recepción?

—Nada mejor. La verdad es que ya tengo ganas de volverlos a ver.

—Igual me ocurre a mí. He pensado mucho en Yvette y he de confesaros que ha sido con no poca envidia al pobre Henri. Un amor como el que nuestra amiga sentía hacia ese hombre es cosa poco común.

—Él no era tampoco un muchacho corriente.

—Ya lo sé.

Marcel Brun bebió un poco más de su vaso.

—Fue una verdadera lástima que ése muchacho tuviera tan mala suerte. Tenía una brillante carrera por delante...

—Dejemos eso—interrumpió Fabre—. ¿Y si llamásemos al señor Loval?

—Me parece muy bien.

Momentos después, Charles, al aparato, explicaba al director de «Paris-Revue» los motivos de aquella llamada.

—¡Excelente, amigos míos! Justamente empezaba a preocuparme un poco por la falta de noticias y pensaba, además, enviar a alguien a Pauri, para tener a nuestros lectores al tanto del regreso de la expedición.

—Pues si nosotros le servimos de redactores…

—¡Claro que sí! No olviden, y me pesa hablar siempre en sentido comercial, pero es mi razón de existencia, que sus nombres van a cotizarse muchísimo…

—Eso nos parece estupendo—hizo una pausa.—. Verá usted, señor Loval…

Pero el otro le interrumpió.

—¡No me diga nada! Voy a pedir los pasajes de «Air France» y prepararles un talonario. Ustedes no tienen más que dirigirse a Orly mañana por la mañana.

Fabre guiñó el ojo a sus dos amigos, que, estaban a su lado.

—Le damos las gracias, señor.

Y colgó.

Una sonrisa de triunfo entreabría sus labios.

—Todos los problemas están solucionados. Saldremos mañana y recibiremos a nuestros héroes como merecen.

—¿Y si, anticipadamente, brindásemos por ellos?

—¡De acuerdo! Preparad las copas.

CAPÍTULO VII



A luz del alba empezaba a hacer retroceder las densas sombras de la noche. Se habían detenido al final de la pared y allí, envueltos en las mantas de piel, hicieron lo posible por descansar antes de proseguir el camino.

Al abrir los ojos, Yvette sintió el peso de toda aquella soledad infinita sobre el alma. Pero después, recordando la maravillosa sorpresa que le había dado el día anterior — el estupendo regalo de la vida de Henri—, sonrió, dispuesta a continuar luchando hasta encontrar a Domond.

Estaba segura de que él no se había reunido con ella porque algo importante se lo impedía. De, ahí la advertencia de que no siguiesen; pero, a pesar de la actitud de Roger, que era evidente había sido el más sorprendido por la reaparición de Henri, Yvette, sabía que su prometido velaría porque nada le ocurriese.

El fuego se había apagado y con un estremecimiento de frío, la muchacha se puso en pie, viendo entonces a Roger que se acercaba, procedente, del lado de la pared rocosa.

La expresión de su rostro era de cólera y sus ojos brillaban como congestionados, inyectados en sangre.

—¿Sabes que Milik se ha ido?

—¿Eh?

Él sonrió, de mala gana.

—Es decir, que se ha ido. Tu maravilloso Henri se lo ha llevado esta noche.

—¿Qué intentas decir, Roger?

—La verdad. He examinado el suelo y he visto, además de las

huellas del «sherpa», las de unas botas del mismo tipo de las que llevamos nosotros. ¡No hay duda de que, Henri ha perdido la razón!

—¡No digas eso! Ni en broma...

—¿Cómo explicar entonces lo ocurrido? ¡Si hasta se ha llevado mi máquina fotográfica!

—Cuando Henri ha hecho eso sus razones tendrá.

—¡No digas! Una persona normal hubiese despertado a todo el mundo, uniéndose a nosotros, en vez de llevarse al guía. ¡Te digo que es un loco, Yvette!

Ella fue a decir algo, pero prefirió no hacerlo, mordiéndose los labios.

Estaba clarísimo que Roger odiaba a Henri, al que hubiese deseado hallar muerto. Y no podía perdonarle su reaparición, justo en el momento en que, sin duda alguna, se preparaba a conquistar a la muchacha.

—¿Qué vamos a hacer ahora? — inquirió ésta, más por desviar la conversación que por satisfacer una curiosidad que no sentía.

—¿Y qué sé yo...? Me proponía investigar, pero sin el «sherpa» no podemos dar un paso en este infierno. Tendremos que volver.

—¿Solos?

La sonrisa de él tenía algo de repugnante.

—¿Tienes miedo de mí, querida?

—No.

—Eso me gusta. Además creo que ha llegado el momento de poner las cartas boca arriba — se acercó a ella y la muchacha retrocedió unos pasos—. ¡Te quiero, Yvette! He sido un estúpido al no darme cuenta de la manera que te he amado siempre...

—¡Calla, Roger!

—¿Callarme? ¡No, muñeca! Ahora puedo decirte que te amo y que estoy dispuesto a luchar por conseguirte. Pero creo que serás tú misma, cuando veas a Henri, quien decidirá... ¡Está loco, Yvette! Ha permanecido aquí, como un lobo solitario, demasiado tiempo. ¿No lo entiendes? La razón le ha abandonado y tendremos que encerrarle en un manicomio para el resto de sus días.

—¡Calla!

—Ya sé que es doloroso para ti, cariño, pero no soy un hombre de los que gustan torcer la verdad...

¡Te quiero demasiado!

Avanzó hacia ella.

—¡No te acerques, Roger! ¡Tú si que has perdido la razón!

—Puede ser, pero mi locura es corriente en el mundo y todos los que aman la padecen.

—¡Atrás!

Él estaba dispuesto a avanzar. Llevaba muchísimo tiempo, demasiado, deseando besar aquellos labios, estrechar aquel cuerpo contra el suyo, sentirla cerca...

Fue en aquel preciso instante cuando los tambores empezaron a sonar.

El ruido llegaba de todas partes a la vez y era repetido hasta la saciedad por mil ecos distintos. Sus monótonos sones tenían algo de alucinante, de ultraterreno.

—¿Qué es eso? — inquirió Roger, deteniendo su avance hacia la muchacha.

—No lo sé...—repuso ésta, mirando en derredor suyo, con los ojos inmensamente abiertos.

Ni uno ni el otro pudieron hacer nada, ni aun cuando, surgiendo de la nieve, los hombres armados con sables curvos y lanzas los rodearon. Sus rostros no expresaban absolutamente nada, pero las pupilas, en lo hondo de sus ojos oblicuos, brillaban de extraña manera.

Antes de que se diesen cuenta de lo que realmente ocurría, los asiáticos les hablan quitado los armas y atado las muñecas a la espalda. Ni una sola palabra brotó de los labios fuertemente apretados de los raptores. Empujándolos sencillamente con sus armas, les obligaron a marchar, alejándose del campamento y empezando a descender la pendiente que conducía al monasterio, cuya masa de piedra se elevaba como una colosal fortaleza.

Habían sucedido las cosas demasiado aprisa, de una manera precipitada, Y tanto Yvette como Roger no cambiaron una sola palabra durante la media hora que duró la marcha, hasta que una vez ante la muralla del monasterio, se abrió la puerta, desde dentro, y penetraron en un amplio patio, lleno de gente que se calentaba al amor de cien hogueras encendidas sobre la nieve.

Un rumor creciente brotó de las gargantas de aquella multitud que, abandonando los fuegos, se acercó a los raptores, mirando curiosamente a los dos prisioneros. Pero se mantuvieron siempre a una distancia prudencial de las armas de los hombres que conducían a

los blancos.

Un» escalinata de piedra, bordeada por estatuas de expresión monstruosa, les condujo al interior del «Gompa», donde atravesaron salas y pasillos hasta penetrar, por último, en una estancia de dimensiones gigantescas, completamente desnuda, salvo un trono de piedra, al fondo, sobre el que había un ser pequeño.

A medida que se acercaban, pudieron ir viendo mejor a aquella criatura. Entonces se dieron cuenta de que se trataba de un niño, que no debía de tener más de seis años y cuya cabeza estaba completamente afeitada.

Seis monjes, completamente cubiertos con capas verdes, penetraron en aquel momento en la sala, colocándose tres a cada lado del trono. Entonces uno de ellos se acercó a los prisioneros.

—Habéis violado — dijo — el secreto del mundo «Bon-po». Los Espíritus de la Meseta han tenido la bondad de conduciros hasta nosotros, justamente en la época de los Grandes Sacrificios... Los «metokangmis» (1[2]) estaban ansiosos de poder devorar una hembra blanca y los Espíritus desean complacerlos.

Hablaba un inglés extraño, lleno de entonaciones ásperas, pero perfectamente comprensible.

Yvette no podía separar la mirada del niño que estaba sentado en el tronco. Había en aquella pobre criatura algo monstruoso que ella no vio hasta que sus ojos descendieron a la parte inferior del cuerpo del lama.

¡Le habían cortado las piernas!

Los muñones eran perfectamente visibles y había uno rosado, que indicaba que la mutilación debía ser reciente.

—Nosotros — prosiguió diciendo el monje — teníamos preparada una joven tibetana para el sacrificio. Pero la llegada de esta mujer de piel blanca nos llena de alegría, porque conocemos los deseos de los «metokangmis». Ellos prefieren esa clase de hembras y por eso han hecho que los espíritus la condujesen hasta aquí.

Luego miró a Roger.

—Los hombres no les interesan — dijo—, pero el «Bon-po» sabe que, si tú amas a esta mujer, el «metokangmi» se complacerá en ver cómo la defiendes, luchando contra él. No es más que una diversión, que excita el apetito...

Lachau se estremeció de pies a cabeza.

—Sólo si amas a esta joven te permitiremos luchar contra el «yeti». Porque sólo un hombre enamorado puede tener la bravura

suficiente para esperar, en la Gran Noche, junto al «chortem» donde está encadenada su amada.

El sudor perlaba la frente de Roger.

Entonces el monje, acercándose a él, preguntó:

—¿Quieres luchar por la mujer amada?

—¡No! Yo no amo a esta mujer… Amo a otra.

—Bien. En ese caso, ¡encerradle!

Yvette miró hacia Roger, pero éste, con la cabeza baja, se alejaba ya conducido por dos tibetanos armados.

La muchacha esbozó una triste sonrisa.

Hubo una larga pausa; después el monje comentó:

—Hemos tenido mucha suerte, mujer. Porque nunca habíamos visto, hasta ahora, una hembra blanca con los cabellos rojos. El rojo es el color del sacrificio y el que el «metokangmi» prefiere... ¡Ventura a nuestros espíritus inmortales! Ellos no abandonan a los que los adoran y aquí tenemos la prueba de su magnificencia...

Se volvió hacia el pequeño lama e inclinándose dijo:

—¡Tú, Hijo de la Meseta. Adorable Superior! —hablaba, esta vez, en tibetano—. ¡Tu reino será próspero, Lama Adorable! Los Espíritus te sirven como nunca lo hicieron... ¡Dame, oh Sublime, el permiso para ordenar que esta mujer sea vestida con la túnica del sacrificio y permíteme también que organice la caravana en esta próxima noche, que será la Gran Noche del «Bon-po»!

El niño levantó la mano izquierda.

—¡Tienes mi permiso!—exclamó.

* * *

Habían terminado de vestirla y la dejaron sola. Yvette hacía lo imposible por no pensar, diciéndose que Henri no la abandonaría jamás. Respecto a lo que había pasado con Roger, no le extrañaba, ya que el sentimiento que Lachau experimentaba hacia ella tenía de todo menos de amor.

Se acercó a la enrejada ventana que daba sobre el gran patio y vio a la multitud de peregrinos, que habían llegado de mil lugares distintos para acudir a la Gran Noche del «Son-po».

Había hombres, mujeres y hasta niños. Los pequeños caballos tibetanos, que seguramente les habían servido para traerlos de sus lejanas aldeas, estaban en otro patio, a la derecha, bajo cobertizos de paja y caña.

Cientos de hogueras seguían encendidas en el patio, agrupándose a su alrededor aquellas gentes, que parecían poseer una resistencia formidable al frío que reinaba en aquella inhóspita región.

Yvette observó que mientras los hombres charlaban y fumaban, las mujeres, arrodilladas junto al fuego, preparaban unos palos grandes con estopa en las puntas, mojándolas después en unos recipientes que había sobre el fuego y que contenían un líquido negruzco.

—Deben de estar preparando antorchas — se dijo, en voz alta.

Todo aquello, no había duda, estaba disponiéndose para su sacrificio. Y al pensar que iban a dejarla sola, ante el misterio de los «yetis», en los que empezaba a creer, a pesar de todo lo que había oído en contra, le hizo estremecerse.

—¡Henri!—musitó.—. Yo sé que tú no dejarás que me ocurra nada malo. Te creía muerto, pero el Señor me ha dado la alegría de devolverte a mí... ¡Querido! Todo lo pasado y lo que aún queda por pasar lo doy como pago del gozo que me ha proporcionado el saberte vivo... Y si, por desgracia, debiese morir, desearía hacerlo a tu lado, asistida por ti y viendo tu rostro antes de quedar ciega para siempre...

El día pasó mucho más rápidamente de lo que pensaba. La llevaron comida un par de veces, sirviéndosela en platos de oro, manjares extraños y de olor apetitoso, pero que no tuvo la fuerza de probar.

Y cuando llegó la noche y la puerta de su celda se abrió, dejando pasar a un grupo de monjes, ataviados con sus glandes capuchones verdes que les tapaba el rostro, comprendió que la hora de la verdad había llegado y que no le restaba más que rezar, encomendando su alma al Señor.

La condujeron nuevamente a la sala del trono y el pequeño Lama, con una voz aguda y en lengua tibetana, dijo:

—¡Tú, mujer, que vas a tener un fin glorioso — gritó — en manos de los poderosos «metokangmis» ¡Yo, el Gran Lama «Bon-po», Señor de la Meseta, te entrego, en esta Gran Noche, para que colmes a los que, más poderosos que todos nosotros, dominan el mundo de las sombras! ¡Ve y calma sus ansias, mujer!

Yvette no comprendió una sola palabra, pero no se le escapó, no obstante, el terrorífico sentido oculto de aquellas frases.

Al salir al patio, vio que toda la multitud estaba agrupada y que cada hombre y cada mujer eran portadores de una antorcha. El aspecto de aquella congregación era verdaderamente fantástico y, bajo el cielo estrellado, mucho más cercano que desde ninguna otra parte del mundo, las luminarias del inmenso patio parecían la copia de los astros del cielo, que se mirasen en un profundo mar de negras pasiones.

Precedida por los monjes de capuchón verde y rodeada de guardianes, la joven salió del «Gompa», siendo seguida por la interminable doble hilera de peregrinos.

Pronto, ya fuera del monasterio, la procesión, en medio de las densas tinieblas de la noche, cobró un aspecto fantasmagórico, como si un gigantesco gusano de luz ondulase lentamente hacia el centro de la Meseta.

Casi en seguida los tambores empezaron a sonar, llevando el ritmo lento de la marcha. Y su cadencioso batir era como los latidos de un corazón que iba a detenerse de vivir de un momento a otro.

El suyo.

La larga hilera de luces caminó durante cerca de una hora, adentrándose en la región hostil de la Meseta. De repente, los monjes se detuvieron y los guardianes se adelantaron hacia algo que acababa de surgir de la oscuridad y que ahora, iluminado por la luz de cientos de antorchas, era perfectamente visible.

Era un «chorten», esos monumentos misteriosos que el viajero encuentra solamente en los escondidos rincones del Tíbet.

Lina cadena pendía de uno de los lados del «chorten» y allí ataron a la muchacha, rodeando sus muñecas con sendas argollas. Los tambores seguían resonando, con intensidad creciente, a un ritmo acelerado.

Luego, al cabo de unos instantes de gran expectación, ocho robustos monjes, portadores de gigantescas trompetas, se adelantaron, pasando junto al «chorten» y avanzando hacia la negrura de la noche.

Cuando, apoyando sus enormes instrumentos en el suelo, los hicieron sonar, un estremecimiento recorrió la espalda de los cientos

de peregrinos agrupados alrededor del monumento de los sacrificios.

Era como una llamada lastimera, infrahumana, repleta de entonaciones imposibles de describir. El horror de aquel son prolongado, de aquel ruego interminable hacía que los cabellos se erizasen en la cabeza.

Yvette, con los ojos cerrados, temblando de horror, se dio cuenta de que los lamas estaban llamando a los «yetis».

Foco después retrocedieron los de las trompas y los sacerdotes formaron la cabeza de la procesión que, en pocos minutos, se alejó de allí, al son de los tambores, que ahora llevaban un ritmo más apresurado.

Las luces de las antorchas fueron desapareciendo y la muchacha sintió que las tinieblas la envolvían, en una soledad que no podía tener más final que el de una muerte inconcebible.

CAPÍTULO VIII


ESDE la ventana de la celda donde le habían encerrado, Roger siguió los preparativos de la monstruosa procesión. Estaba como idiotizado y una tensión nerviosa, creciente, se iba apoderando de él.

Fue una lucha entre el miedo que, había experimentado al oír al monje tibetano el concepto de un deber que parecía hondamente anclado en su pecho.

Habla obrado mal y lo sabía.

De nada le estaba sirviendo el decirse que nunca había amado a Yvette; a pesar de eso, ella seguía siendo la amiga entrañable que había hecho posibles muchas cosas, cuando de estudiantes les preparaba el café por las noches animándoles a estudiar y dando ella el ejemplo.

El recuerdo de aquellos tiempos, que ahora le parecían remotísimos, le produjo una sorda rabia contra sí mismo, que fue cristalizándose, en la idea de que había obrado como un sucio cobarde al abandonar a la muchacha en manos de aquellos locos fanáticos.

¿Qué dirían Fabre y los otros cuando supiesen lo ocurrido?

Y, aunque no lo supiesen jamás, ¿podría él, por eso, olvidarle o quitar importancia a su cobardía?

Porque era eso: cobardía lo que le había hecho retroceder cuando

debió salir en defensa de Yvette.

Además ¿iba a ganar él algo con no haber luchado por ella? Tarde o temprano, los lamas le matarían y, aunque no lo hiciesen, seguro que no iban a dejar que saliese del «Gompa», condenándole, en el mejor de los casos, a quedarse allí hasta que muriese.

Una especie de loca furia se apoderó de él. La intensidad de aquella rabia aguzó sus sentidos, al mismo tiempo que duplicó sus fuerzas. Y así, tras algunas vanas tentativas, logró abrir la puerta de la celda, cuya cerradura, antiquísima, no resistió sus furiosos embates.

Su celda estaba situada en lo alto del monasterio y recorrió un largo pasillo antes de encontrar la escalera por la que los monjes o sus soldados le habían subido. Un silencio completo reinaba en todo el edificio, tan sólo alterado por los redobles de los tambores, que se iban alejando poco a poco.

No encontró a nadie en el dédalo de pasillos y salas que hubo de atravesar. Sólo, en la planta baja, cuando pasó cerca de la sala del trono, a cuya puerta se asomó con cuidado, vio un pequeño grupo de monjes que quemaban sustancias olorosas ante el trono del pequeño Lama, oyendo el susurro de sus oraciones.

El patio estaba desierto.

Era indudable que, salvo los que habían quedado junto al Lama, todos salieron a la procesión. Por eso no se extrañó de encontrar las puertas abiertas, atravesándolas velozmente.

¡Lástima que no tuviese ninguna arma!

Pero ahora poco le importaba.

Estaba dispuesto a comprar su propia valoración, borrando para siempre, aunque fuese a costa de su vida, la mancha que su cobardía momentánea había lanzado sobre su alma.

No le fue difícil seguir la doble hilera luminosa de las antorchas, pero tuvo sumo cuidado en no acercarse demasiado, de forma a permanecer fuera del campo de visión de los procesionarios.

Luego, cuando éstos rodearon el «chorten», Roger se escondió en las proximidades, siguiendo, con una expresión de rabia, la ceremonia que precedió al encadenamiento de Yvette.

El sonido de las trompas le puso nervioso, pero se dominó, diciendo que lo importante era hacerse con alguna arma, de manera a poder defender a la indefensa muchacha.

Tuvo suerte.

Uno de los monjes-soldados se alejó un poco de la zona iluminada. No llevaba antorcha y el joven vio la silueta que se acercaba, justamente, al lugar

donde él se escondía.

No dudó ni un solo instante.

Saltando como una pantera, rodeó con el brazo el cuello del tibetano, apretando con toda su fuerza. El hombre intentó vanamente defenderse, pero poco después se desplomaba, cuando Roger lo soltó, sin vida.

El soldado llevaba solamente una lanza y un arco con su correspondiente carcaj. Lachau se apoderó de todo aquello, arrastrando después el cuerpo hacia unos matorrales bajo los que le ocultó cuidadosamente.

No sabía si los otros iban a percatarse de la ausencia del muerto, pero se tranquilizó al ver que se alejaban, perdiéndose poco después en el declive del terreno.

Tuvo que esperar un buen rato para permitir que sus ojos se acostumbrasen a la densa oscuridad que reinaba allí. Y cuando el efecto deslumbrador de las antorchas desapareció de sus pupilas, pudo ver el borroso contorno del «chorten», hacía el que siguió avanzando.

—¡Yvette! —llamó.

Ella se sobresaltó, abriendo desmesuradamente los ojos.

—¡Henri! ¡Sabía que ibas a venir!

Mordiéndose los labios, Roger avanzó aún más.

—No soy Henri, pequeña, sino Roger...

—¿Has logrado escaparte?

—Sí. Y he venido a defenderte, Yvette. ¡Me porté como un cobarde y no hubiese podido vivir con la idea de haberte abandonado!

Y como ella no dijese nada, defraudada seguramente, prosiguió:

—No, no pienses mal, pequeña... Ya no soy el estúpido y engreído Roger que te, ha hecho pasar malos ratos con su imbécil idea de la amistad. Soy el Roger de la banda, Yvette. . ¡El de antes!

Ella sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Quiero que me digas que me perdonas, pequeña! Fui un imbécil, lo sé. Pero todo aquello está olvidado y yo sólo querría, aunque fuese el precio de mi vida, poder salvarte para que te reúnas con Henri.

—Gracias, Roger... Yo estaba segura de que todo aquello no era más que un mal pensamiento que atravesó tu mente. Quizá fue mía la

culpa...

—No digas eso. Bien sabes que fui yo el único culpable.

—Ya no tiene importancia. Lo que quiero ahora, Roger, es que te vayas, que te salves.

—¿Cómo? ¿Insinúas que debo abandonarte?

—Nada podrás hacer por mí. Ni tú, ni Henri... Tengo la horrible intuición de que todo ha terminado para mí. ¡Sálvate, Roger!

—Ya sabes que nunca me iré de aquí. Si Henri llega, desharemos esas cadenas a golpes; pero, mientras tanto, ni el más horrible «yeti» me hará abandonarte.

—¡Huye, amigo mío!

Roger no contestó y un silencio prolongado cayó sobre ellos.

Pasaron largos minutos.

Y, de repente, los dos jóvenes levantaron la cabeza, como si hasta ellos hubiese llegado un clamor lejano, como un grito salvaje y primitivo.

—¿Has oído, Yvette?

—Sí — contestó ella.

Callaron ¡Je nuevo.

Y lo que habían oído se reprodujo de nuevo. Era como un rugido espantoso, que no podía brotar más que de la garganta de un ser colosal, primitivo, feroz...

¡El «yeti»!

Aquel rugido, que había sonado hacia la derecha, se repitió nuevamente. Y otros, contestándole, se dejaron oír al fondo y a la izquierda, como si un eco caprichoso los repitiese.

—Se están llamando — musitó Roger.

—¡Vete, amigo mío, por favor!—pidió ella.

Roger sonrió serenamente al decir:

—No digas tonterías, Yvette. Ahora, precisamente, es cuando vamos a saber si lo de los «yetis» es verdad.

—¿Lo dudas aún?

—¿Por qué no?

—Porque yo creo en ellos. Henri lo decía en la pizarra. Y él tiene, con seguridad, muchísimos más motivos que nosotros para afirmar su existencia.

—Llevamos muchos años hablando del abominable hombre de las nieves, pero nadie lo ha visto, pequeña...

—Ahora los estás oyendo, Roger.

—Sí, ya lo sé. Pero me gustaría verlos. Cientos de dibujos se publicaron, con versiones más o menos fantásticas sobre los «yetis»; pero te repito que nadie los vio jamás.

—Por desgracia — repuso ella—, pronto los verás y te convencerás.

—No tengas miedo. Si son animales o antropoides, lucharemos y es posible que logremos mantenerlos a raya hasta que Henri venga.

—¿También tú le esperas, Roger?

—¡Lo deseo con todo el alma, Yvette! Si ahora estuviese junto a mí, lucharía mejor, sabiéndole a mi lado. No puedo creer que no haya visto la procesión de esos salvajes.

—¿Por qué se, llevaría al «sherpa»?

—No lo sé. Milik le apreciaba mucho y tenía muchísima confianza en él.

Los rugidos se oían, cada vez más cercanos y amenazadores.

Por eso los dos jóvenes charlaban, sin fijarse mucho en lo que decían, deseando, fuera como fuese, detener la oleada de miedo que les invadía por momentos.

Roger, mientras contestaba a las preguntas que la muchacha le hacía, no dejaba de pensar en el momento de la lucha. Había tirado al arco, hacía muchísimo tiempo, en las pruebas deportivas de la Universidad, pero no se creía capaz de poder utilizarlo, cuando llegase el momento de hacerlo, con la precisión y efectividad que sería necesario.

Por su parte, Yvette no pedía apartar a Henri de su mente, deseando de todo corazón que llegase en compañía del guía. Tres hombres, aunque insuficientemente armados, podrían organizar una defensa lógica y, en el peor de los casos, romper las cadenas que la ligaban al «chorten», huyendo todos, para siempre, de aquella maldita meseta,

Durante toda la noche, sin un instante de descanso, siguieron oyendo los salvajes gritos de los monstruos. Y ambos, estaban seguros de que los «yetis» estaban cerca, dando vueltas al «chorten» sin, no obstante, decidirse a atacar por el momento.

Poco a poco, una claridad difusa nació en Oriente, detrás de la masa formidable del Everest. Aquella luminosidad se desparramó, poco después, sobre la meseta, pero no era aún más que algo difuso,

impreciso, como si el día tuviese miedo de salir para iluminar la horrible escena del «chorten».

Fue entonces cuando los vieron.

Eran tres y estaban parados a unos cincuenta metros del monumento, con sus brillantes ojos fijos en la pareja.

Los dos jóvenes se estremecieron.

Los «yetis», cubiertos sus cuerpos macizos de una pelambrera rojiza, tenían todo el aspecto de hombres primitivos. Sus cráneos, de frente estrecha y arco superciliar en forma de borde de tejado, estaban, como el resto del cuerpo, cubiertos de vello rojizo. En cuanto a sus proporciones eran verdaderamente impresionantes, ya que debían alcanzar cerca de los cinco metros de altura y más de dos de envergadura, de hombro a hombro.

Eran colosales, tremendos, impresionantes, como estatuas en las que un escultor hubiese querido plasmar la esencia del primitivo salvaje.

Eran tres monstruos.

Roger se dijo, tristemente, de que muy poco iban a servirle las flechas y la lanza que había cogido al tibetano. No había más que mirar a aquellas monstruosas criaturas para darse cuenta de que hubiesen sido necesarias las armas más potentes para derribarlos.

Los «yetis», ya plenamente iluminados por la luz del sol, permanecieron un rato en una completa inmovilidad, como si se hubiesen convertido en estatuas. Luego, de repente, dejando oír un sordo gruñido, empezaron a avanzar lentamente hacia el «chorten».

Yvette comprendió de que de nada iban a valerle a su amigo las armas. Ni el sacrificio de su vida.

—¡Huye, Roger! ¡Huye, por lo que más quieras! ¿No ves que no podrás hacer nada contra ellos?

Lachau no contestó.

Tenía miedo, un miedo espantoso; pero había en su alma un motor muchísimo más potente que el pánico. Y, con una sonrisa en los labios, teniendo la lanza en la mano, avanzó unos pasos.

—¡Huye, Roger!

Lachau avanzó un poco más, calculando la distancia que le separaba del «yeti» que avanzaba el primero. El monstruo parecía una montaña rojiza, que la luz del sol hacía llamear más aún.

Reuniendo todas sus fuerzas, arrojó la lanza.

De haber sido una criatura corriente, el «yeti» hubiera caído, herido de muerte, ya que Roger demostró tener una excelente

puntería, que recordaba sus mejores tiempos de lanzador de jabalina.

El arma golpeó el pecho del hombre de las nieves, justo a la altura del corazón..., pero se partió en pedazos, como si hubiera chocado contra una piedra borroqueña.

Un sudor frío empapó el cuerpo de Lachau.

SI la lanza se había partido en pedazos, ¿qué iba a lograr con los frágiles dardos de los tibetanos?

Sin embargo, seguro ya de su fracaso, se dispuso a luchar, vendiendo cara su vida. Y, arrodillándose, sacó la primera flecha del carcaj, tensando el arco hasta el máximo.

Fue como si un mondadientes se estrellase contra una coraza de acero. El dardo se hizo pedazos y el «yeti», que ya estaba a menos de veinte metros del joven, prosiguió su camino, gruñendo sordamente.

Roger, empapado en sudor y sin sentir más frío que el que le proporcionaban sus propios estremecimientos, cargó nuevamente el arco, disparando, aunque sabía la inutilidad de todo aquello.

Tenía ya el «yeti» encima.

Fue entonces cuando alguien gritó, desesperadamente a su espalda:

—¡Huye, Roger!

¡Era la voz de Henri!

Lachau volvió la cabeza, incorporándose después. Vio a Henri que corría hacia el «chorten» y se dio cuenta de que llevaba un rifle en la mano. Contento al saberse acompañado por el joven periodista, se volvió para mirar al «yeti» antes de salir corriendo.

Pero ya era demasiado tarde.

Los monstruosos brazos, extendidos hacia delante, le cerraron el paso y una de las manos se cerró alrededor ele su cintura, levantándolo en el aire.

—¡¡Roger!! — gritó Yvette.

El hombre de las nieves movió su brazo hacia atrás, lanzando el cuerpo del Joven por el aire, contra el «chorten». Roger se estrelló contra la base pétrea del monumento, quedando inmóvil, con el cuerpo y la cabeza deshechos.

—¡Malditos! — rugió Henri.

Había llegado junto a la muchacha, que le miraba con los ojos desmesuradamente abiertos; pero, avanzando un poco más, disparó contra el «yeti» que estaba ya a menos de treinta yardas del «chorten».

El monstruo se estremeció de pies a cabeza y quedó inmóvil.

Sin hacer caso de los gritos que Yvette lanzaba, instándolo a que retrocediese, Henri corrió al encuentro de los otros dos «yetis», disparando contra ellos e inmovilizándolos.

Gordos rugidos de rabia seguían brotando de sus fauces enormes, pero se habían quedado quietos, sobre la nieve.

Sólo entonces volvió Henri al lado de la muchacha.

—¿Estás bien?—inquirió.

Pero Yvette no podía contestar; había perdido el conocimiento.

Dos disparos hicieron saltar los eslabones de la cadena y Henri, después de echar una ojeada a los «metokangmis», que seguían rugiendo horriblemente, inmóviles como siempre, se cargó la muchacha a la espalda y se alejó hacia la pared de rocas que se vela a lo lejos.

* * *

—Debían haber llegado ya.

Raymond se encogió de hombros.

—Escucha, Marcel: eres el hombre más impaciente y pesimista que conocí jamás. Sí, ya sé que ayer era la fecha de la vuelta; pero no habrás tomado un viaje al Himalaya como un trayecto del «metro» hasta Clichy, ¿verdad?

—¡No me trates de tonto de esa manera! —protestó Brun—. Si yo soy impaciente, vosotros, por el contrario, no corréis el peligro de morir de una apoplejía.

—¿Qué quieres que hagamos?—intervino Charles—. ¿Ir en su busca?

—¿Por qué no

—Porque es absurdo, al menos por el momento —replicó Daubal —. Dentro de unos días, si no han regresado, cosa que me parece imposible, sí que sería prudente empezar a pensar en ir a buscarlos.

—«Sería prudente empezar a pensar...» — mimetizó Brun, con un tono sarcástico en la voz—. ¡Eso es! Dentro de una semana, empezamos a pensar, al cabo del mes iniciamos las primeras ideas y dentro de un año hablamos con un guía para que vaya estudiando las posibilidades de un viaje. ¡Sois imposibles!

—Como exagerado no tienes precio, Marcel — dijo Fabre—. Raymond tiene razón: esperaremos unos día más, ya que mil cosas han

podido hacer que regresen lentamente. Entonces, si seguimos sin noticias, saldremos inmediatamente para la montaña.

—¡Eso es lo que debíamos haber hecho ya! —insistió Brun—. ¿Crees que me divierte estar aquí, en Pauri, escribiendo crónicas idiotas para el «Paris- Revue»?

—Hay que mantener el espíritu de cinco millones de lectores —dijo Raymond, con una sonrisa divertida en les labios.

—¡A la porra los cinco millones de lectores! —bramó Marcel —. Todo eso no son más que tonterías. ¿Y si Yvette y Roger están en peligro, aislados, por ejemplo, por algún alud o han sido atacados por los lamas del «Bon-po»?

—¿Sabes que tienes una imaginación portentosa?— ironizó Daubal—. Debías haberte dedicado a la literatura, en vez de estudiar Biología, amigo mío.

—¡Y tú debías haberte dedicado a hacer crucigramas! ¡Iría muy bien con tu carácter!

—Calma, calma, muchachos intervino Fabre —. No hace falta llegar a ese terreno desagradable. Si razonas un poco, Marcel, estarás de acuerdo con nosotros...

—¿Razonar éste? — inquirió Daubal—. Para ratonar se necesita tener algo debajo de los huesos del cráneo...

—¡Ésos son, precisamente, los que voy a romper...!

El timbre de la puerta, al sonar con insistencia, echó por tierra los belicosos proyectos de Brun. Todos se miraron y Fabre se levantó, abriendo la puerta.

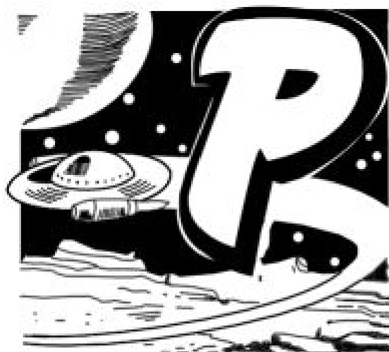
Un hombre de piel oscura, con el traje montañero en pedazos, apareció en la puerta.

—Me han dicho que estaban aquí, señores...

—¿Quién es usted?

—Milik, el «sherpa» que acompañaba a la señorita Yvette y al otro señor.

CAPÍTULO IX


ASO, paso, por favor.

Charles le hizo entrar, ofreciéndole uno de los cómodos sillones de la estancia.

—¿Quiere beber algo? — inquirió después.

El «sherpa» se pasó la lengua por los resecos labios.

—No me vendrá mal —dijo. Fabre le sirvió un buen vaso de «whisky», ofreciéndole después un cigarrillo, pero el hindú denegó, con un gesto de cabeza, sacando su vieja pipa que cargó metódica y lentamente.

Los tres amigos esperaban, en silencio.

—¿Hace mucho tiempo que salió del campamento? — inquirió Marcel, que ya no podía aguantar más la espera.

—¿Ha ocurrido algo a nuestros amigos? — se apresuró a agregar Brun.

El «sherpa» lanzó la tercera bocanada de humo; después dijo:

—La señorita Galpin y el señor Lachau estaban perfectamente bien cuando les dejé.

—¿Por qué lo hizo?

—El señor Domond me lo ordenó.

—¿Eh?

La misma expresión de incredulidad se pintó en los rostros de los tres franceses.

—¿Cómo?—puntualizó Fabre, tras una pausa—. ¿Habla usted de Henri?

—Sí. El señor Henri está vivo.

—¡Es formidable!

—Yo tenía que haber pensado — dijo el indígena,

como si hablase consigo mismo — que el señor Henri no podía morir. Es el hombre más valiente que he conocido y ni los mismos «yetis» podían contra él.

—¿Quiere usted decirnos, concretamente, lo que ha pasado?— inquirió Raymond.

—Sí. Habíamos llegado a la Meseta, muy cerca de donde yo encontré el aparato fotográfico del señor Henri. Los espíritus malos habían empezado a apoderarse de la mente del señor Lachau.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el señor se había enamorado de la señorita Yvette.

—¡Eso es fantástico!

—¿No lo oís?

Milik tomó nuevamente la palabra:

—Todo empezaba a ir mal; pero, aquella noche, alguien me despertó y yo vi que era el señor Henri. Me levanté y le seguí, pero antes me dijo que me apoderase del aparato fotográfico del señor Roger.

»Cuando estuvimos en lo alto de la pared, me dijo que esperase allí y desapareció, no volviendo hasta el atardecer del día siguiente. Habitaba en una cueva en lo alto del muro de piedra, donde sólo las águilas pueden subir. Cuando volvió, me entregó la cámara y un paquete de notas que había escrito.

»Me dijo que volviese rápidamente a Pauri y que siguiese camino a Nueva Delhi y entregase esto al Embajador de Francia, con la orden de que, lo llevase inmediatamente a las Naciones Unidas.

»También me dijo que no me preocupase por la señorita y su compañero, ya que él cuidaría de ellos. Sobre todo, agregó, corre cuanto puedas. El asunto que llevas ahí y las pruebas fotográficas son de la más alta importancia para el mundo.

»Eso es todo.

Se miraron, los unos a los otros. Mientras, Milik se descolgó la máquina, dejándola sobre la mesa. Luego abrió el morral y sacó un envoltorio de papel, atado con un trozo de correa.

—Al llegar a Pauri — dijo—, supe que ustedes estaban aquí y que eran amigos de la señorita Galpin. Por eso vine a verlos, diciéndome que ustedes, mejor que yo, podrían cursar estos papeles.

Fabre tenía los ojos clavados en el paquete que el «sherpa» acababa de dejar sobre la mesa. Finalmente, extendiendo la mano se apoderó de él y deshizo los nudos de la correa.

—Quédese a comer con nosotros, Milik —dijo—. Vamos a echar una ojeada a todo esto y obraremos en consecuencia.

—Bien, señor.

* * *

«Todavía no sé cómo he podido resistir todo esto. Es evidente que, sin la ayuda de la Providencia, jamás hubiera logrado escapar a los peligros que me rodean. Por eso, hincado de rodillas en esta helada arista que me sirve de escondite, doy gracias al Señor que me ha reservado la vida para salvar las de mis semejantes.

»Todo empezó hace tantísimo tiempo que ya no tengo idea concreta de lo que llevo aquí. Sólo sé que todo esto me parece producto de una horrible pesadilla y que de no poseer las pruebas que tengo, creería, muchas veces, haberme vuelto loco.

»Pero empecemos por el principio.

»Yo vine al Himalaya con la intención de demostrar al mundo que los famosos «yetis», abominables hombres de las nieves o «metokangmis», llámelos como se quiera, no eran más que el producto de la imaginación de unos cuantos pastores tibetanos que no habían visto en su vida más que montañas y monasterios en ellas.

»He visto muchas «pruebas» fotográficas, con las huellas de las pisadas de los «yetis». Pero conozco demasiado mi propia profesión y, sin idea de ofender a nadie, desconfío, en principio, de todo lo que sale de las cubetas de un laboratorio fotográfico. ¡Se ven tantas cosas!

»Yo deseaba demostrar la inexistencia del hombre de las nieves o su existencia; pero, una u otra cosa, de una manera definitiva, en la que no cupiese lugar a duda. Creo que el deber de un buen periodista es, ante todo, decir la verdad. ¡Bastantes supersticiones hemos sufrido para seguir envueltos en ellas!

»Mi guía, el «sherpa» Milik, conocía bastante bien la región del valle del Men-Shu, lugar, en las proximidades de un «Gompa» servido por monjes «Bon-po», donde se había hablado, más que en otra parte, de la existencia y la «presencia» de «yetis».

»Cuando llegamos ante dos columnas repletas de advertencias amenazadoras, mis «coolies», como creo que siempre ha ocurrido y ocurrirá, se negaron a seguir y los dejamos allí, aunque estoy seguro de

que se fueron, más que aprisa, a buscar refugio en alguna lamasería budista de las proximidades.

»Milik y yo proseguimos el camino.

»Pero pronto noté que el «sherpa», a pesar de ser un hombre valiente, empezaba a sufrir el influjo de aquellos lugares que, para decir verdad, se imponen a uno como una sensación de indefinible angustia.

»Hasta que llegó un momento, que ya me temía, en que Milik se negó rotundamente a seguir. Yo estaba plenamente convencido que el «sherpa» temía más a los monjes «Bon-po» del monasterio que teníamos a la vista, que a los inverosímiles «yetis». Pero, fuera el que fuese el motivo, su decisión fue irrevocable.

»Pensé entonces que podía proseguir el camino, al menos un poco más, si él me esperaba allí. So lo dije y accedió, cosa que, dentro de la mala suerte, me alegró.

»A la mañana siguiente, con mi rifle y mi cámara, salí de nuestro campamento, prometiendo a Milik que estaría de regreso antes de la noche. Anduve por una zona inhóspita de la Meseta, sin ver nada de particular. Pero, ya tarde, me había alejado demasiado para poder volver antes de la noche, descubrí huellas de pisadas de pies gigantes, que fotografié inmediatamente.

»Las pisadas parecían reales, pero yo no estaba dispuesto a limitarme a lo que otros habían hecho en otras regiones del Tíbet. Quería pruebas inmejorables, cosas de las que no pudiese haber duda alguna.

»Estaba haciendo una segunda serie de fotografías cuando sentí que «alguien» se me acercaba por detrás. Me volví y vi que una especie de mono colosal, completamente cubierto por un vello rojizo, se precipitaba sobre mí.

»Fue tan inesperada su aparición que dejó caer la máquina sobre la nieve y no me dio tiempo a descolgarme el rifle. Corrí, desesperadamente, viendo que el monstruo ganaba terreno por momentos.

»Debía de medir cerca de cinco metros de altura y andaba de una manera particular, emitiendo terroríficos rugidos por sus fauces entreabiertas. Mien tras corría, desesperadamente, me iba diciendo que no podía escapar de ninguna manera y que allí,

justamente cuando tenia un verdadero «yeti» tan cerca, iban a terminar mis aventuras informativas.

»Había conseguido, no sin pocos esfuerzos, sacar el rifle de la bandolera y en cuanto tuve una ocasión, me volví, disparando contra el monstruo. Pero, como esperaba, mis balas debieron hacerle cosquillas, porque prosiguió su avance hacia mí, acortando peligrosamente, la distancia que nos separaba.

»No puedo explicarme aún ahora el porqué de aquella decisión mía. Quizá me di cuenta de que la cinta roja que Milik me había dado, una especie de amuleto que colgué del cañón del rifle, era el punto en el que se clavaban los ojos del «yeti».

»Fue, no cabe duda, un acto desesperado e instintivo: una de esas cosas que hacemos en la vida, sin que podamos encontrar jamás una explicación lógica al desconocido motivo que nos impelió hacerlo.

»Lo cierto es que lancé el rifle con la cinta, viendo, no sin sorpresa, que el «yeti» desviaba su marcha, atraído por el color encarnado del trapo, como un toro bravo. Ni que decir tiene que no me detuve a investigar nada y que aproveché aquello para aumentar, en lo posible, mi velocidad, llegando a la pared rocosa, que escalé como un simio.

»El hombre de las nieves había recogido el rifle y se llevó a los ojos la cinta roja; después, percatándose sin duda de que había sido engañado, me buscó, con sus ojos brillantes y avanzó hacia las rocas, cuya base golpeó con verdadera furia.

»Pero, por fortuna, yo ya estaba fuera de su alcance.

»La bestia se alejó y pronto cayó la noche. Yo, aterido de frió, había dejado la carga de pieles con Milik, tuve la suerte de encontrar una especie de cueva, donde me cobijé, sin poder cerrar los ojos.

»Pasé toda la noche en vela, cayendo en un profundo sopor al amanecer.

»Debí de dormir cerca de doce horas.

»Cuando me desperté, estaba amaneciendo de nuevo y después de darme cuenta de que no había ningún «yeti» a la vista, bajé a buscar mi rifle, que no encontré, como tampoco mi máquina fotográfica. Pero, junto al lugar donde ésta había caído, las huellas de las botas del «sherpa» me dijeron claramente que Milik me había buscado y había vuelto, creyéndome muerto en manos del hombre de las nieves.

»Mi situación no era nada brillante.

»Convencido de que mi seguridad estaba en lo alto de la pared rocosa, la escalé de nuevo, triste, sabiendo que sin alimentos no tardaría en perecer. Pero aquella misma tarde un grupo de monjes del «Gompa» que yo había visto más atrás, pasó bajo la pared, dirigiéndose hacia un monumento indígena, un «chorten» que yo ya había examinado y fotografiado, dejando sobre las escalinatas presentes, casi todo alimentos.

»Aquello fue mi salvación.

»A partir de aquel instante, mi manutención estaba asegurada y los monjes, viendo que cada vez desaparecía todo, aumentaron el ritmo de sus visitas, seguros que los «yetis» tenían un apetito feroz.

»Fue una semana después cuando, ya recuperado por completo y habiendo ganado un par de kilos, me decidí a seguir la cadena montañosa, deseoso de sorprender el sitio donde vivían los «yetis».» Ahora ya no me cabía la menor duda de que tales seres existían y deseaba recoger la mayor información posible para, si un día regresaba a la civilización, informar al mundo sobre aquel apasionante asunto.

»Poseyendo reservas alimenticias, me cargué con lo bastante para mantenerme media docena de días. El agua no era problema porque, además de los numerosísimos manantiales que había por allí, la nieve fundida proporcionaba un líquido puro y sin microbios.

»Aunque ¿quién se acordaba entonces de la existencia de los microbios?

»Durante cuatro días, con los solos intervalos de las noches, que dedicaba a descansar y recuperar fuerzas, avancé, adentrándome en una zona fantástica, de nieves eternas: un paisaje único en la compleja geografía del Tíbet.

»Tuve muchísima suerte.

»El cuarto día, un poco después de mediodía, llegaba a una altura desde la que, con los ojos desorbitados por el asombro, contemplé el espectáculo más inesperado que puede caber en la mente de un humano.

»Todavía ahora me parece una alucinación.

»Una llanura amplia se extendía a mis pies, entre dos sierras que se encadenaban, formando una especie de circo gigantesco. Y allí, sobre la nieve, sin ningún género de dudas, había tres aparatos, cuya forma me recordó inmediatamente los célebres «platillos volantes».

»Por fortuna había conservado mis gemelos, bastante potentes, y pude así, escondido entre las rocas, observar detalladamente, a gusto, aquella aparición de pesadilla.

»Mis dudas se fundieron pronto.

»Ellos, seres procedentes de otro mundo, iban de un lado a otro, penetrando o saliendo de las brillantes astronaves. Eran bajos, patizambos e iban vestidos con pieles, pero las partes libres, manos y rostro, eran visibles y ofrecían un color verde intensísimo.

»Me di cuenta en seguida de que el rostro de aquellas criaturas no tenía nada de humano: en efecto, sólo poseían un ojo central, como los Cíclopes, y, además, una corta trompa que les llegaba hasta más abajo del mentón.

»Pero no fue aquélla mi única sorpresa.

»Por allí, no lejos de las astronaves, había una docena de «yetis» que, en contra de toda la lógica posible, parecían mansos corderitos al lado de sus dueños. Tardé muy poco en encontrar la explicación a aquel inconcebible fenómeno cuando vi que «ellos» se acercaban a los «yetis» y que los abrían, después de hacerlos sentar en el suelo, penetrando en su interior por una especie de puerta que había en su peludo abdomen.

»¡ ¡Eran robots! !

»Pude, con los gemelos y en óptimas condiciones, observar su mecanismo y darme cuenta de que su parte más sensible, una especie de centro neurálgico de cables y contactos, estaba en el cuello, hacia la derecha del animal-máquina.

»Aquello, como luego he podido comprobar, era muy importante para mí y tomé buena nota de tal detalle.

»Yo hubiese dado cualquier cosa por haber tenido mi máquina o estar junto a alguien que me sirviese de testigo. Porque ¿quién iba a creerme? Yo mismo me hubiese reído en las narices de quien me contase lo que yo acababa de ver.

»Regresé a mi cueva.

»Mientras escribía, iba hilando los detalles y comprendiendo que aquellas criaturas extraterrenales — marcianos, venusianos o lo que fuesen — habían obrado con sabiduría, refugiándose en un lugar apartado de la Tierra para preparar desde allí sus planes de conquista o de dominio.

»Si hubiesen deseado entrar en contacto con nosotros, no hubieran elegido un lugar como aquél, ni obrado como lo habían hecho.

»Porque la maldad de sus intenciones saltaba a la

vista. Debían de haber capturado algún monje y así se enteraron de la leyenda de los malos espíritus que reinaba sobre aquella región y que iba magníficamente bien con sus planes de aislamiento momentáneo.

»Por eso crearon los «yetis», cuyas huellas convencieron a todo el mundo de que algo extraño había en el Tíbet. En cuanto a los monjes, que pudieron verlos, así como los pastores, en muchísimas ocasiones, eran testigos de una verdad que los tibetanos no podían negar.

»Sí, eran tremendamente hábiles.

»Nadie iría a molestarlos, ni a entorpecer sus nefastos planes. Tenían todo el tiempo que quisiesen para ir estudiando a los hombres y preparando la destrucción de la civilización de nuestro planeta.

»Era horrible.

»Entonces me di cuenta de que mi misión era la de informar a las autoridades de todo el mundo de aquel gravísimo peligro que les amenazaba. Pero, por mucho que lo pensase, no encontraba la manera de hacerlo.

»No había más que dos soluciones:

»Dirigirme hacia Pauri, cosa completamente imposible ya que desconocía el camino.

»O presentarme en el «Gompa», explicando la verdad a los monjes. Pero esta segunda alternativa era muchísimo más impracticable que la primera, ya que los lamas «Bon-po» me matarían cuando afirmase que los «yetis», sus sublimes espíritus, no eran más que máquinas creadas por seres de otro planeta.

»Comprendí que mi suerte estaba ligada al destino y tan sólo si Yvette, mi prometida, venía a buscar mis restos, o a enterarse de lo que había pasado.

»Porque yo conocía a Yvette y estaba seguro de que ella no iba a resignarse a mirar, con los ojos arrasados por las lágrimas, las fotos que el «sherpa» debía de haberle enviado. No, mi prometida haría muchísimo más y ésa era mi mayor esperanza.

»No me he equivocado.

»Esta mañana he visto a los tres que avanzaban por el mismo camino que yo seguía hace tanto tiempo. Eran solamente tres y comprendí que, como a mí, los «coolíes» les habían abandonado junto a las columnas, cargadas de amenazas.

»Con los gemelos, he contemplado sus rostros y visto que Milik, el valiente y fiel Milik, viene con ellos. Mi Yvette tiene un aspecto algo cansado, pero está muchísimo más bonita que nunca. En cuanto al otro, le he reconocido en seguida, es Roger Lachau, uno de los componentes de la banda simpática de cuando Yvette iba al Liceo.

»He estado por descender de la pared rocosa, pero he pensado que no es el momento de perder el tiempo. Necesito una máquina y Roger la lleva, pero no puedo exponerlos a ellos a un nuevo viaje hacia aquel lugar donde «ellos» se encuentran.

»Ahora que conozco el camino y sus atajos, puedo llegar a mi observatorio en menos de, tres horas. Por eso, sin dejar de mirar aquellas caras amigas, he forjado un plan que me parece el mejor.

»Primero he escrito una advertencia en una pizarra y la he tirado desde lo alto. Así estaré seguro de que van a acampar por allí. Así lo hacen y espero la llegada de la noche para ir en busca de Milik.

»En cuanto le explico lo que deseo, se apodera de la máquina de Roger y me acompaña, en plena noche, por caminos que conozco de memoria, hasta mi observatorio, donde esperamos el amanecer.

»La cámara de Roger es magnífica y está dotada de un teleobjetivo maravilloso. Hago dos centenares de fotos, incluso de un «yeti» que, abierto, está siendo reparado por los seres verdes. Los documentos gráficos que voy a enviar con Milik no ofrecen duda alguna y estoy seguro de que los hombres del mundo comprenderán el peligro que se cierne sobre la Humanidad toda.

»Milik se va a marchar y ahora iré a entrevistarme con Yvette y Roger. ¡Quiera Dios que las Naciones obren lo más rápidamente posible!

CAPÍTULO X



L silencio e siguió a la lectura del documento era mucho más elocuente que cualquier colofón verbal que hubiesen dicho. Pero después, cuando Fabre guardó las hojas escritas por Henri en un sobre, preguntó:

—¿Os dais cuenta de la importancia de todo esto?

—Sí.—repuso Marcel—. Era la única explicación en la que nadie había pensado. Los «yetis» fueron, para los unos, monstruos prehistóricos, para otros fantasías o trucos de los monjes «Bon-po», pero nadie intuyó la verdad.

—¡Es que era imposible descubrir la verdad!— terció Raymond —. ¿Quién se iba a imaginar que fuesen robots?

—Es verdad — dijo Charles—. Me parece que estamos acostumbrados a tomar a broma muchísimas cosas que hubiésemos debido examinar con más cautela. Durante años, se ha hablado de platillos volantes y nadie lo ha tomado en serio. Lo malo es que algunas naciones poseían aparatos del mismo tipo y que, constituyendo secretos militares, no dijeron que los poseían, confundiendo a los hombres de buena fe.

»Pero, si hubiesen sido sinceros, si todo el mundo hubiera hablado claro de sus inventos, los hombres de ciencia se habrían dado cuenta de que algunos platillos volantes que se movían por el espacio no eran «made in Tierra». Eso nos hubiese advertido a tiempo del peligro que corríamos.

»De todas formas, hay que obrar con velocidad y voy a ser yo, personalmente, quien llevaré esto a la sede de las Naciones Unidas, para que su Comité de Emergencia lo estudie rápidamente.

—¡Un momento, Charles!

—¿Qué quieres, Marcel?

—Que espero que no olvides que antes de que la ONU haga algo, de tipo militar, debemos sacar a Yvette, Henri y Roger de esa región.

—Ésa es precisamente la misión que os encomiendo. Pero os aconsejaría hacerlo a mi modo.

—¿Qué quieres decir?

—Tú, por ejemplo, con el guía, avanzaríais normalmente, con un buen equipo, del que no olvidarás la parte sanitaria, ya que Henri no debe de encontrarse con excelente salud.

—¿Y yo?—inquirió Raymond.

—Tú puedes sobrevolar la región con un helicóptero adelantándote, hasta donde puedas, con el aparato. Si los ves y puedes aterrizar, mejor que mejor. Si los ves y no puedes posarte en tierra, avisas a Marcel, que llevará una pequeña emisora-receptora. ¿Qué os parece?

—Un plan estupendo.

—Debéis daros prisa, ya que la ONU, si se percata, y lo hará, de la importancia de la situación, obrará a toda velocidad.

—¡De acuerdo!

—Yo voy a coser el avión hasta Nueva-Delhi y desde allí, seguramente acompañado por el Embajador de Francia, saldré en un avión militar hacia Ginebra donde están reunidos los miembros de las Naciones Unidas. Comunicad a París, al «Paris-Revue», vuestro regreso aquí. De esta manera estaremos informados de que ya se puede actuar en aquella región.

* * *

Había retrocedido, evitando cuidadosamente ser vistos desde el monasterio, por la senda que Milik tomó siempre para ir hacia la meseta.

—Mí idea — dijo Henri —es llegar hasta las columnas, ya que como me has dicho, dejasteis provisiones en cantidad en aquel lugar.

—Sí, querido... Fue Roger quien las puso a este lado de las columnas, para evitar que los «coolies» desertasen.

—¡Pobre Lachau!

Ella estaba aún conmovida como Henri, ya que había visto, y no se había equivocado, que Roger, a pesar de aquella turbia nube de pasión que se

encendió en él, siguió siendo el mismo magnífico muchacho de siempre, como lo demostró al ofrecer su vida, generosamente, defendiéndola.

—¿Así — inquirió la muchacha — que los monjes ignoran todo de los «yetis»?

—Si. Para ellos, algunos los han visto y por eso creen en ellos a pies juntillas, los «yetis» son seres creados por la divinidad «Bon-po».

—¿Y antes?

—Antes, cuando esos seres interplanetarios no habían llegado a la Tierra, los monjes creían en sus espíritus. Siempre han estado cargados de supersticiones. Pero la aparición de los «metokangmis» les demostró que estaban en lo cierto, ya que por primera vez se materializaba un espíritu en el que siempre habían creído.

»Pero lo más interesante de este asunto es que han sido los invasores los que, comprendiendo a los monjes, crearon los hombres de las nieves, buscando, en el miedo de las gentes, la tranquilidad que deseaban para llevar adelante sus planes.

—¿De dónde vendrán, Henri?

—No lo sé. De cualquier parte del espacio. Pero eso no importa, querida. Una vez que se ha demostrado que sus intenciones no son buenas, sólo interesa aniquilarlos... antes de que ellos lo hagan con nosotros.

—¿No valdría la pena hacerlos prisioneros e interrogarlos?

Domond sonrió.

—No, amor mío... Desconocemos sus poderes, pero ya han demostrado de lo que son capaces. Al fabricar los «yetis», han dado una lección de mecánica y electrónica que es como un pequeño anticipo a lo que deben ocultar en la Caja de Pandora de sus astronaves.

—Si son poderosos, ¿por qué no atacaron ya?

—No lo sé. Pero la respuesta más lógica a tu pregunta es que se trata, con toda seguridad, de una patrulla de reconocimiento que está estudiando la Tierra. ¿No comprendes, querida, que todo lo que han hecho ha sido para que, les dejen tranquilos?

»Están trabajando y, estoy seguro de que conocen ya muchas cosas nuestras. Si nada más llegar

comprendieron la mentalidad de los monjes e hicieron los «yetis»... ¡imagínate lo que pueden tener preparado para el resto de los hombres!

—Tienes razón.

—No tienen prisa, de eso estoy seguro. Estudian, sopesan, calculan. Y cuando estén seguros del triunfo, se pondrán en comunicación con su planeta de origen y la invasión se hará en un abrir y cerrar de ojos, cogiéndonos por sorpresa, sin que podamos hacer nada para defendernos.

—¡Es horrible!

—Por eso, sería completamente inútil conversar con ellos. Porque, si ése hubiese sido su plan, si hubieran llegado en son de paz, no se habrían confinado voluntariamente en el Himalaya y rodeado de todos los misterios, sino que se hubiesen presentado a los hombres, bajando a sus ciudades, entrando en contacto con su civilización.

—Tú los has visto... ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo son?

—Inteligentes, muy inteligentes, Yvette. Y eso es lo que importa. Es verdad que su aspecto físico no es nada agradable, aunque tienen, indudablemente, una cierta apariencia humana. Pero debajo de sus cabezas de color verde, detrás de sus trompas retráctiles, hay un poderoso cerebro dispuesto a trabajar por la perdición de la especie humana.

—¿Qué crees que harán las autoridades, una vez hayan leído tu informe?

Henri volvió a sonreír.

—Si fuese sólo mi informe, enviarían una ambulancia con loqueros para cazarme, fuese como fuese. Son las fotos, querida, las que les demostrarán que he dicho la verdad. Por eso, aquella noche, cuando tantas ganas tenía de hablarte, me limité a llevarme a Milik y la cámara de Roger.

—¿Crees que el «sherpa» habrá llegado ya?

—¡Seguro! Es un hombre espléndido, Yvette.

Estaban llegando a las columnas y encontraron allí, intactas, las provisiones que había dejado Roger.

Comieron y encendieron después sendos cigarrillos.

—¿Qué vamos a hacer ahora?—inquirió ella.

—Estaba pensando justamente en eso. Creo que lo mejor será empezar el descenso.

—¿Conoces el camino?

—Si, pero sólo hasta los ventisqueros. Una vez allí, tendremos que detenernos a la fuerza.

Y así lo hicieron.

Mientras duró el día, cargados con provisiones, descendieron por las heladas laderas, rodeados por un ambiente hostil, con un frío cada vez más intenso. Casi anochecía cuando llegaron a la entrada de los ventisqueros, verdadero dédalo por el que Henri no se atrevía a penetrar.

Pasaron la noche en una oquedad que Henri encontró, sin poder casi dormir, ya que el frío, a pesar de la hoguera que Domond encendió, era intensísimo.

A la mañana siguiente, prepararon un copioso desayuno. Yvette parecía contenta, pero el joven empezaba a mirar hacia los ventisqueros, con impaciencia.

Fue casi al mediodía cuando Yvette, que estaba sentada al sol, lanzó un grito de aviso:

—¡Henri!

Él corrió hacia ella.

—¿Qué ocurre?

—¡Mira! Un helicóptero.

Domond vio el aparato que sobrevolaba la región y seguro de que se trataba de alguien que estaba buscándolos, corrió hacia la hoguera, echando en el fuego una de las mantas, de manera a producir humo en cantidad suficiente para que el piloto del aparato se enterase de su presencia.

Así ocurrió, en efecto.

Quince minutos más tarde, el helicóptero se posaba lentamente en la nieve endurecida de la ladera.

Daubal bajó del aparato y corrió hacia ellos, que también salían a su encuentro. El joven abrazó a Yvette, echándose después en brazos de Henri.

—¿Y Roger? — inquirió, al cabo de un instante.

—Murió — dijo Henri.

Y explicó, en pocas palabras lo ocurrido; después, impaciente por las noticias, preguntó:

—¿Os entregó el «sherpa» todo?

—Sí. Fabre debe de estar llegando a Suiza. Ahora tenemos que volver.

El aparato, con los tres, se alejó hacia la parte baja de las laderas, sobrevolando los ventisqueros.

Raymond se puso en comunicación con Marcel y el guía, ordenándolos que se volviesen hacia Pauri.

Allí se reunieron los cinco unas horas después.

* * *

Mientras los técnicos examinaban, con todo lujo de aparatos de control, las fotos de Henri, la Comisión de Urgencia de la ONU estaba reunida, habiendo llamado a la sesión a los generales jefes de los ejércitos de las naciones miembros.

Grandes mapas del Himalaya estaban extendidos sobre las mesas y los militares, compases y reglas transparentes en la mano, iban trazando líneas, calculando distancias, fijando dimensiones.

No lejos de allí, en otro campamento, los meteorólogos estudiaban, a su vez, las condiciones de aquella región inhóspita del mundo asiático.

Una gran efervescencia reinaba allí.

Finalmente, los técnicos de fotografía de quince países penetraron en la Sala de reuniones y uno de ellos, en nombre de los demás, tomó la palabra:

—Señores: Hemos sometido las fotos enviadas por Henri Domond a todos los medios de control que existen. Espectrógrafos, aparatos de rayos infrarrojos y ultravioleta; en fin, cuantos medios poseemos en la realidad.

Había expectación en el silencio que siguió.

—Y en nombre de mis compañeros — prosiguió el técnico— me honro en informar a esta Asamblea que las fotos son completa e indiscutiblemente auténticas.

Era lo que todos esperaban.

A partir de aquel momento, la radio, enviando mensajes cifrados, tomó cartas en el asunto.

Una comisión especial, totalmente formada por militares, elaboró un plan de ataque que, después de sometido a la aprobación general, empezó a ponerse en práctica.

Dos horas más tarde, una fabulosa escuadrilla, formada por aviones potentísimos de nueve países, aterrizaban en el sur de Rusia, zona que por su proximidad con la India había sido elegida como Base aérea de aquella operación.

Sólo dos aparatos iban cargados, pero en sus entrañas metálicas reposaba el arma más poderosa que el genio humano habla creado jamás: la bomba de hidrógeno.

Los otros iban cargados de aparatos de todas clases para el control del bombardeo y la comprobación de los resultados.

A la hora «H», la fabulosa escuadrilla despegó de la Base, tomando rumbo hacia el Himalaya. No necesitó mucho tiempo para sobrevolar la fantástica cadena de montañas. Orientada por los dates proporcionados por los Servicios correspondientes y los que Henri les había procurado, ganaron altura, dirigiéndose hacia la zona que marcaba el conocido valle del Men-Shu.

Once minutos después sobrevolaban el río, cuyo curso siguieron, guiándose por radar, hasta que uno de los aviones, perdiendo altura, descubrió, gracias a los rayos infrarrojos, la concentración de calor que significaban las astronaves de los desconocidos invasores.

Bastaron quince segundos para comunicar al resto de la escuadrilla la posición exacta del núcleo enemigo. Un cerebro electrónico proporcionó los datos necesarios para el lanzamiento y, después de abrirse las compuertas de los dos bombarderos, las dos masas hendieron el aire frío de la mañana, descendiendo implacablemente hacia su blanco.

—¡Ganad altura!—fue la orden inmediata.

Dos gigantescos soles hicieron palidecer de envidia al natural, pero su luz cegadora no duró más que unos segundos, seguida por un rugido estremecedor, que hizo temblar la masa de las montañas hasta sus raíces, situadas muchos miles de metros más abajo.

Luego, inequívocos, los dos «hongos» se alzaron hacia el cielo.

Desde uno de los aparatos, un jefe envió el mensaje escueto que la- humanidad esperaba:

«MISIÓN CUMPLIDA»

EPÍLOGO

La iglesia, en una pequeña localidad del sur de Francia, no ofrecía un aspecto extraordinario. Los mismos fieles de siempre y el mismo recato que de costumbre.

Quizá, la única nota extraña eran los dos vehículos que había a la puerta.

Los vecinos de aquel pueblecito vieron, naturalmente, a la pareja de recién casados que, rodeados por la alegría de sus amigos, salían de la iglesia, dirigiéndose a los coches.

Verdad era que la boda se escapaba un poco a lo que ellos conocían, pero tampoco tenía nada de extraordinario y era una de esas ceremonias íntimas que poseen el encanto indudable de su falta de ostentación.

Viejas, jóvenes y niñas miraron a la novia, admirando sus cabellos rojos. También miraron al novio, un apuesto joven, simpático y que no dejaba de sonreír.

¿Cómo podían imaginar que aquel hombre había salvado a la humanidad. Sus fotos habían aparecido en todos los periódicos del mundo, pero no su fotografía, ya que, se negó rotundamente a esa clase de publicidad.

Antes de subir al coche, se volvió.

—Y bien, muchachos... ¡Hasta la vista!

Fabre, Raymond y Marcel, se inclinaron.

—Oye, Henri.

—¿Qué quieres?

—¿Es que no nos vas a dejar besar a la novia?

Domond miró a su esposa.

—¿Tú qué dices, querida?

—Lo que tú ordenes, señor — sonrió ella.

—¡Bien! Un beso rápido, muy rápido... ¡Adelante, muchachos!

La besaron, estrechando después la mano de Henri con fuerza.

Y cuando el vehículo se alejó, Marcel preguntó:

—¿Sabes dónde van?

—Dijeron que iban a dar una vuelta al mundo. El

«Paris-Revue» paga.

—Sí, pero pasarán antes por París a donde ayer llegó un hombre que va a acompañarlos.

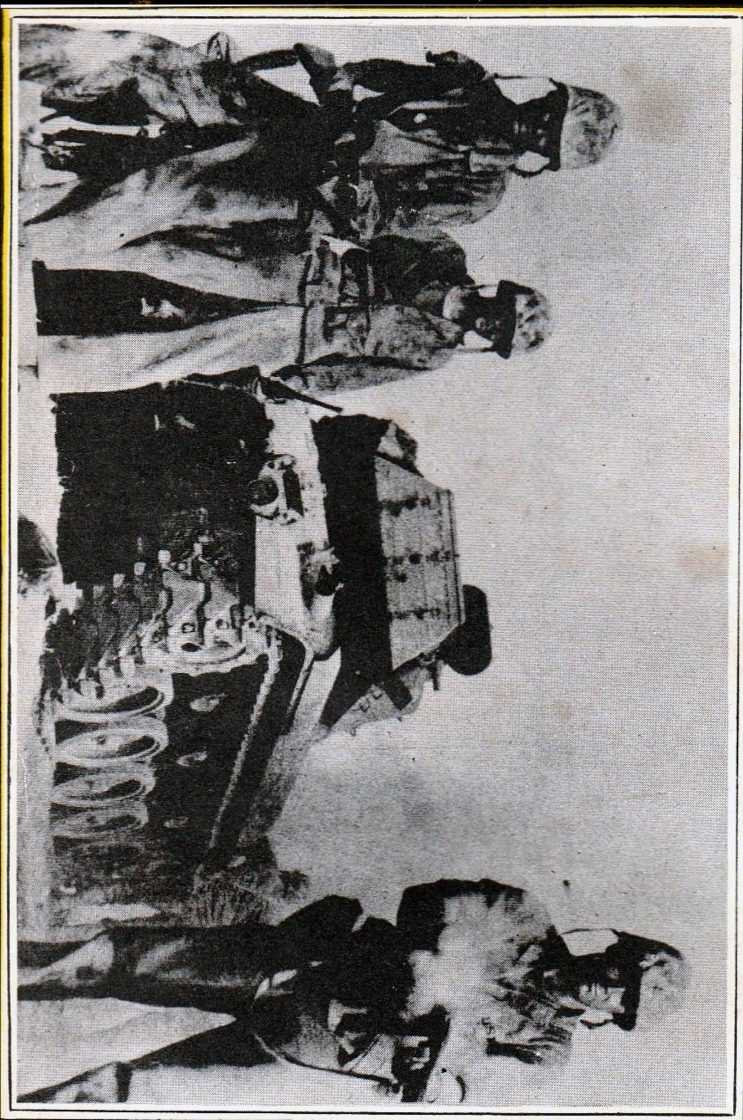
—¿Milik?

—El mismo.

Raymond se encogió de hombros.

—No sé... pero yo, al lado de una chica como Yvette y en esta ocasión, me estorbaría un «sherpa».


FIN



Escena de EL TIEMPO DEL MIEDO
de 20th. Century Fox

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos

Notas

[←1]

(11) «¡Os lo ruego! ¡Alejaos en seguida! Un peligro os amenaza... Sobre todo a ti, querida Yvette. Los «yetis» están muy cerca de aquí y no tardarán mucho en atacaros... ¡Huid!»

[←2]

(11) Palabra tibetana que significa «hombre de las nieves» (Yeti).